



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

La Política en Kafka

Ensayo

Que presenta:

Darío Martínez Velázquez

Para obtener el título de:

**Licenciado en Ciencia Política y Administración
Pública
(Ciencia Política)**

Director de ensayo:

Dr. Otilio Flores Corrales



Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

El pensamiento político de Kafka

Agradecimientos

Por amor y gratitud, es mi deseo enaltecer la devoción con que mis padres y mis hermanos, sin remedio, han compartido sus vidas conmigo. Sin los primeros, naturalmente no hubiera habido inicio; y sin los segundos, la diversidad y la tolerancia no me habrían sorprendido a tan temprana edad. Gracias, por ustedes disfruto y padezco la vida.

Por supuesto, mi sinceridad se extiende a aquel profesor que con su sobrada cultura dio apoyo y confianza al presente proyecto, a quien recuerdo entre las aulas de la facultad enunciando sus disertaciones que lograron no sólo tener un eco en mi formación profesional, sino a la vez en mi vida social: gracias, Otilio.

Y aunque posiblemente no las reciba por el momento dado que murió hace más de noventa años, es justo hacer mención del escritor que inspiró las presentes líneas. Gracias F.K., gracias por tus obsesiones, por tus miedos y por tus indecisiones; gracias por tu hipocondría, por tu soledad, por tu indolencia, por tus compromisos de matrimonio quebrados; gracias por tu literatura.

Índice

Introducción...6

Capítulo I. Autoridad y política en Kafka...18

Autoridad deshumanizada...19

Sin lugar a errores...22

Autoridad secreta...25

Función de la autoridad...37

El orden jurídico supuesto...39

La esencia del secreto de la ley...42

Capítulo II. Sociedad e individuo en Kafka...46

La identidad en Kafka...47

Desarraigo...48

Alienación...53

Aislamiento y hermetismo...54

Renuncia y sometimiento consentido...56

La muerte de la identidad personal...58

Capítulo III. Violencia y terror en Kafka...61

El individuo violentado...62

Acción y discurso violentados...63

Violencia psicológica...67

Minimizar al hombre...71

Violencia física...73

Violencia extraoficial...75

Conclusiones...78

Glosario de nombres...82

Bibliografía...85

Introducción

Kafka nace en Praga en 1883 bajo el gobierno del Imperio Austro-Húngaro que llegó a gobernar a 50 millones de personas; conformada por una variedad de etnias que hablaban distintos lenguajes que habrían de desarrollar grandes diferencias e incompatibilidades, logró sobrevivir para verle desaparecer al término de la Primera Guerra Mundial. Perteneció a un grupo de escritores de inicios del siglo XX que revelaron más claramente “lo que significó la modernidad: ruptura y permanente desasosiego”¹.

Aproximadamente a los diecisiete años elabora sus primeros escritos que no se conservan. Y a pesar de haber publicado por vez primera en 1908 el volumen *Contemplación*, es hasta 1912 cuando tiene auge su quehacer literario.

Proveniente de una familia burguesa en crecimiento, se desarrollan sus primeros veinte años bajo un Imperio que ha ido expandiéndose, creando alianzas secretas con Serbia, a quien en 1914 declarará la guerra; a sus once años de edad se presenta el *Affaire Dreyfus* en Francia, el cual tiene una implicación política que más adelante cobró más relevancia: el odio a los judíos².

Para 1913 la situación Europea era preocupante: se presentaron las guerras de los Balcanes, Serbia aumentaba sus territorios al derrotar a Bulgaria, se descubre que el jefe del servicio de espionaje austro-húngaro no era más que un espía al servicio de Rusia. Entonces Robert Musil, nacido en el corazón del Imperio, publica su *Confesión política* donde dice: “Nos encontramos en una jaula de cristal sin atrevernos a dar un paso, porque tenemos la certeza de que todo se nos vendría abajo”³.

Y esa *jaula de cristal* bien podría ser el seno familiar, pues entonces Kafka decía de sí mismo: “soy un hombre encerrado en mí mismo, taciturno, nada sociable, insatisfecho (...) Así, en el seno de mi familia, rodeado de las personas más buenas y cariñosas, vivo como un desconocido entre desconocidos”⁴, tal y como Gregor Samsa en *La transformación*, cuento que ya había escrito entonces, y con el cual

¹ José M. Pérez Gay, *El imperio perdido*. México, Cal y Arena, 2010, p. 14.

² Al respecto, véase Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*. México, Taurus, 2004, primera edición, pp. 143-9.

³ José M. Pérez Gay, *op. cit.*, p. 113.

⁴ Franz Kafka, *Diarios*, España, Contemporánea, 2010, primera edición, p. 307.

se atormentaba encontrándolo malo, en lo que fue su primer auge literario al escribir *La condena* y *El fogonero*, también.

Para 1914, se habían sumado eventos en Europa como la guerra Turco-Rusa, conflictos entre Rusia y Japón, la primera revolución rusa, la anexión a Austria-Hungría de Bosnia-Herzegovina. Incluso antes del 28 de julio de 1914, fecha en que Austria-Hungría declara la guerra a Serbia, el Imperio vivía una situación comprometida: “además del conflicto con Serbia, los húngaros reclamaban su hegemonía dentro del Imperio, los checos se declaraban enemigos de los austriacos alemanes y las minorías rumanas deseaban su independencia”⁵.

Ya iniciada la Gran Guerra, la psicosis fue masiva; Kraus ofrece un excelente retrato al respecto:

En esta gran época que yo conocí cuando todavía era pequeña, y que seguramente volverá a ser muy pequeña si es que aún le queda tiempo; en esta época que deseamos imaginar como una época obesa (...) En esta época en que justamente sucede lo que no nos podíamos imaginar, y en la que debe suceder lo que ya no podemos imaginar”⁶.

Francisco José, figuraba a la cabeza de este vasto Imperio; sin embargo, como veremos en la autoridad que retrata Kafka, era un ejemplo de una autoridad impersonal, deshumanizada, un *monarca abstracto* como le llamó Broch. Kraus le escribiría un poema:

“Francisco José
¿Cómo era? ¿Tonto o inteligente?
¿Qué sentía? ¿Se alegró realmente?
¿Era un cuerpo? ¿O un vestido?
¿Era un alma envuelta en el manto del Estado?
¿Quién lo conoció entre los que lo conocían?
¿Tenía una cara o una barba?
¿De dónde, cuándo salió y de qué especie?
¿Nada le faltó, sólo el ser y el alma?

⁵ José M. Pérez Gay, *op. cit.*, p. 208.

⁶ *Ibid.*, p. 210.

¿Era la figura o sólo su pintura?
¿Era tan cruel como dulce en su vejez?
¿Contaba cadáveres como ciervos muertos en una cacería?
¿Calculaba temerariamente o se lo jugó todo al azar?
¿Se atormentó a sí mismo o sólo al mundo?
¿Quiso acción o sólo el acto?
¿Quiso la guerra? ¿Quiso sólo los soldados,
y de ellos sólo los botones de su uniforme?
¿Tuvo un rastro de amor y muerte y dolor por los otros?
Nunca una época modeló con mayor fuerza
el rostro de la impersonalidad.”⁷

Este perfil de autoridad es la que Kafka plasma en novelas como *El castillo* y *El proceso*.

Y en esta época encontramos a un Kafka que consigna en su diario, probablemente el 2 de agosto de 1914, “Alemania ha declarado la guerra a Rusia”⁸. En el ámbito personal, Kafka libra su propia batalla: se promete a Felice Bauer, en julio el tribunal en el hotel Askanischer Hof⁹ y la ruptura del compromiso matrimonial.

Este sentir de *ruptura y permanente desasosiego*, plasmado de alguna manera en *La transformación*, alcanzará la esfera más privada del ser; y Kafka pertenece a esa generación de escritores cuya pesadumbre la vivían constantemente al grado de afirmar “toda mi vida he sido alguien al borde de la nada”¹⁰ mientras habría que enfrentar que “el ciudadano alemán de nuestros días apenas tiene sentido de la realidad”¹¹, tal y como apuntó Musil.

En esta época donde “el yo se disuelve”¹² encontramos a Kafka tan entregado a la literatura como a sus obsesiones. Con rasgos de pesimismo, soledad, inseguridad, indiferencia y amor, vemos a Kafka en una excelente etapa creativa bajo una guerra

⁷ José M. Pérez Gay, *op. cit.*, pp. 245-6.

⁸ Franz Kafka, *op. cit.*, p. 393.

⁹ Se trata del día en que, en presencia de la familia de Felice y su amigo de él Ernst Weiss, rompe el compromiso matrimonial. Kafka mismo lo consigna en la entrada del 23 de julio de 1914 como “El tribunal en el hotel”.

¹⁰ José M. Pérez Gay, *op. cit.*, p. 133.

¹¹ *Ibid.*, p. 144.

¹² *Ibid.*, p. 150.

que puso fin al Imperio y que llegó casi junto con la noticia salvadora de su enfermedad.

Así como Musil pronunció ser *alguien al borde de la nada*, Kafka afirmaba ser un hombre *nada sociable, insatisfecho*. Escritor con tendencia a la soledad, que se sentía en ocasiones *desconocido entre desconocidos* cuando hablaba de su familia, y que afirmaba “apenas tengo algo en común conmigo”¹³, plasmó fielmente su sentir en lo que Canetti llama la obra más íntima de Kafka: *La transformación*; obra de la que el mismo Kafka dijo “no es ninguna confesión, aunque, en cierto modo, sea una indiscreción”.¹⁴

Quizá no una confesión pues no iba dirigida a alguien en especial, pero sí una indiscreción pues permitió ver a través de él cómo era su sentir en el círculo más predominante de cualquier ser: su familia. Aquí encontramos ese gran sentimiento de desarraigo que reinaba en esa época y que plasmaría más adelante en sus obras.

Pero además de este tiempo en que los medios de comunicación masiva buscaban “lograr que los otros piensen y quieran lo que se les presenta”¹⁵, Kafka compartía con esta generación de escritores la convicción de la literatura; una literatura como “constante impaciencia del conocimiento”¹⁶ como diría Broch.

En esta misma época Musil escribió: “la literatura no es sino una forma de leer y actuar autobiográficamente la realidad”¹⁷. Kafka escribió también lo que vivió; sobre su persona, su familia e incluso su entorno social. Esa *realidad* a la que hace Musil referencia se compone de la interacción de la esfera privada con la pública. Esa realidad de Kafka en la que podemos ver literatura y política. Lo que nos ocupa.

No obstante, literatura y política son dos términos que acostumbramos abordar, en el mejor de los casos, de manera separada y hasta antagonista. La primera la limitamos al terreno de la acción puramente imaginaria y aislada, incluso hasta la consultamos con fines de entretenimiento; la segunda la concebimos apegada totalmente a la praxis, entregada a una sociedad de masas y que obedece a una

¹³ Franz Kafka, *op. cit.*, p. 334.

¹⁴ *Ibid.*, p. 717.

¹⁵ José M. Pérez Gay, *op. cit.*, p. 188.

¹⁶ *Ibid.*, p. 35.

¹⁷ *Ibid.*, p. 94.

realidad determinada sin injerencia directa nuestra y que por lo regular no da cabida a la imaginación.

Sin embargo, muy a pesar de las diferencias existentes entre ambas, algo las une: si cualquiera de las dos no existe, el hombre, en la esfera privada y pública, se ve seriamente amenazado. Expliquémonos.

La política, al considerarla “una excelente y civilizadora actividad humana”¹⁸, cuya función es “preservar una comunidad que por su excesiva complejidad no puede ser preservada por la mera tradición o por un poder arbitrario sin tener que recurrir al uso indebido de la fuerza”¹⁹, “responde al problema de la diversidad y no intenta reducir la variedad a una unidad homogénea, [creando y permitiendo] cierta libertad.”²⁰

Por tal, la política es aquello que permite mantener el orden en una comunidad de hombres con intereses plurales. Pero eso no es todo, sino cualquier forma de gobierno como la tiranía o el totalitarismo sería político, ya que también mantiene un orden en comunidades plurales. Lo que hace única a la política es que acepta sus limitaciones, las cuales son: “no lo resuelve todo ni está presente en todo”²¹; y no favorece la violencia innecesaria, antes bien “prefiere la conciliación a la violencia”²².

Como podrá observarse, el reto mayor de la política es reconocer, favorecer y fomentar la pluralidad en los hombres, en la cual se encuentra inherente la libertad. Esta pluralidad “es un espacio de apariencias, un espacio de visibilidad, en que hombres y mujeres pueden ser vistos y oídos y revelar mediante la palabra y la acción quiénes son.”²³

Siendo así, si la política no existiese no podría ser la pluralidad, y aquella sería vista como un obstáculo para llegar a la unidad. Arendt no cesa en su empeño de relacionar la pluralidad con la condición de la acción humana, “debido a que todos somos

¹⁸ Bernard Crick, *En defensa de la política*, México, Tusquets-IFE, 2001, primera edición, p. 15.

¹⁹ *Ibid.*, p. 26.

²⁰ *Ibid.*, p. 33.

²¹ *Ibid.*, p. 16.

²² *Ibid.*, p. 32.

²³ Hannah Arendt. *¿Qué es la política?*, España, Paidós, 2012, primera edición, p. 21.

lo mismo, es decir, humano, y por tanto nadie es igual a cualquier otro que haya vivido, viva o vivirá.”²⁴

Incluso no se trata de vivir por vivir. No perdamos de vista que “el hombre estableció la comunidad política para vivir agradablemente”²⁵.

De esta forma vemos que cuando la política no existe, surge una latente posibilidad de que la libertad se destierre y que sobre los hombres se ejerza una expropiación de aquello que lo hace diferente a cualquier otro.

Por otro lado, podría pensarse que:

La literatura es un instrumento formidable de transformación, de resistencia a la injusticia, de lucha contra la explotación, contra la adversidad. [Que] por medio de la literatura uno puede abrir la conciencia de sus contemporáneos, hacerles ver aquello que (...) no alcanzan a percibir: los mecanismos que están detrás de las injusticias, de la explotación, de la violencia convertida en poder.²⁶

Muchos casos pueden encontrarse de escritores que escribían con la finalidad de hacer la revolución; sin embargo, esto podría ser excesivo; no es posible hacer constar que una novela, por ejemplo, haya cambiado el rumbo político de una nación.

Más bien la literatura nos impacta por otros medios. Su primer virtud es que por ella “algo que no sabíamos ha llegado hasta nosotros gracias a esa experiencia”²⁷ que representa la lectura.

La segunda virtud de la literatura es que a raíz de la experiencia que nos ofrece, ésta es capaz de iniciar un cambio en nuestra conciencia, puede hacernos más críticos si consideramos que dicha literatura no tiene la finalidad de entretener. Esto sí puede comprobarse, por ejemplo, pensemos en aquel primer libro que tuvimos en

²⁴ Hannah Arendt, *La condición humana*, España, Paidós, 2005, p. 36.

²⁵ Aristóteles, *La política*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1998, primera edición, p. 60.

²⁶ Mario Vargas Llosa, *Literatura y política*, España, FCE-ITESM, Serie: Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes, 2003, segunda edición, pp.47-8.

²⁷ *Ibid.*, p. 52.

nuestras manos, el cual, una vez concluido, nos sembró una semilla en la conciencia que en algún momento, en nuestra privacidad, tomó forma en un argumento y que posteriormente dio soporte a una acción o discurso.

Para 1911, Kafka apuntaba las *ventajas del trabajo literario*²⁸, entre la cuales están la *agitación de los espíritus*, ese cambio en nuestra conciencia que conlleva al “despertar pasajero, pero fructífero, de aspiraciones superiores”²⁹, para combatir al demonio de la mediocridad del que hablaba Kraus.

Negar estas *ventajas del trabajo literario* al hombre significa obstaculizarle la posibilidad de conocer algo distinto a la realidad que vive y que, en el mejor de los casos, entiende. Implica negarle un punto de referencia para comparar lo pensado con lo vivido. Se le niega esa oportunidad de identificar los “defectos nacionales en una forma especialmente dolorosa, desde luego, pero disculpable y liberadora”³⁰

La relación entre literatura y política puede no ser evidente si nos atenemos a las diferencias que imperan en su ejecución: aquella requiere la soledad del escritor y ésta la relación del hombre con otros, aquella debe trascender a su actualidad y ésta se ocupa del momento actual. Y, finalmente, como afirma Vargas Llosa, la política se mide por su carácter práctico, mientras es complicado comprobar que la literatura ha generado cambios en una nación.

No obstante, la relación genera aspectos positivos para ambas. Cuando la política se lee en la literatura, descubrimos una realidad distinta a la nuestra, una realidad política, social y cultural diferente; la literatura entonces aborda al conjunto, a la pluralidad; nos habla de la vida de una persona en una sociedad.

Y debe aparecer, por lo tanto, la política; es inevitable que la política aparezca. ¿Por qué? Porque es inseparable de la vida de una colectividad. (...). Esa colectividad tiene problemas, un orden, autoridades; marcha y se mueve en una u otra dirección; eso es la política y una novela no puede dejar de dar cuenta de ella.³¹

²⁸ Franz Kafka, *op. cit.*, p. 202.

²⁹ *Ibid.*, p. 203.

³⁰ *Ídem.*

³¹ Mario Vargas Llosa, *op. cit.*, p. 58.

Cuando la literatura, en dosis razonables y después de un proceso mental de asimilación y crítica, aparece en la política, encontramos a individuos que conservan gran parte de humanidad; individuos con discurso propio, pues:

Para que el lenguaje de la política sea vivo, auténtico y exprese realmente ideas; para que establezca una comunicación dinámica y creativa entre la vida política y la experiencia común de los ciudadanos, hace falta la literatura, porque es importante saber hablar y para saber hablar no existe otro camino que la literatura.³²

La mejor literatura es la que nos trae la experiencia política e histórica de otros tiempos y lugares, y que produce un efecto reflexivo y crítico en el lector. La mejor política es la que no se pierde en la praxis y tiene imaginación para conciliar, mediante el empleo de la acción y discurso enriquecido por la literatura. Esa voluntad de procurar “la inclusión de los acontecimientos literarios entre las preocupaciones políticas”³³.

En el campo de esta provechosa literatura, Kafka, sin desearlo, hace una extraordinaria aportación al estudio del poder. Nos brinda con su obra una experiencia política que gira alrededor de una paradoja: la inexistencia de la política.

Lejos de lo que podría pensarse principalmente por quienes ven aún con recelo la cercanía de la literatura con la política, en nuestro caso, Kafka es un escritor de quien podemos obtener una aterradora visión de la política. Dice Canetti, “entre todos los escritores, Kafka es el mayor experto en materia de poder: lo vivió y configuró en cada uno de sus aspectos.”³⁴ Cuando el Premio Nobel de Literatura de 1981 afirma que *lo configuró en cada uno de sus aspectos*, posiblemente se refiere a que Kafka no sólo escribió sobre poder en sus obras, sino que a la vez lo vivió en carne propia y tuvo tiempo suficiente para concebirlo y huir de él de distintas formas.

Mas la experiencia de leer a Kafka se vive de una manera muy particular a cualquier otro autor; Arendt hace una excelente semblanza de ello cuando afirma que:

³² Mario Vargas Llosa, *op. cit.*, p. 64.

³³ Franz Kafka, *op. cit.*, p. 203.

³⁴ Elias Canetti, *La conciencia de las palabras*, México, FCE, 1981, p. 175.

Kafka, gracias a la mera fuerza de la inteligencia y de la imaginación espiritual, creó sobre la base de un despojado mínimo de experiencia "abstracta" una especie de paisaje del pensamiento que, sin perder precisión, alberga todas las riquezas, variedades y elementos dramáticos característicos de la vida "real". Para el escritor el pensamiento era la parte más vital y vigorosa de la realidad: por esto desarrolló su extraño don de anticipación que aún hoy, después de casi cuarenta años llenos de acontecimientos sin precedentes e imprevisibles, no deja de sorprendernos.³⁵

El mínimo de experiencia abstracta a la que se refiere la autora alemana, hace alusión a que Kafka no proporciona una descripción cabal y exhaustiva del entorno y de los protagonistas que le ocupan; sin embargo, ello no implica que no exista en sus obras los elementos mínimos necesarios para concebir una vida. Lo cierto también es que nos encontramos en los pensamientos de los protagonistas y del narrador de manera repetida; y quizá, precisamente por ese fervor por el pensamiento es que reconocemos *su extraño don de anticipación*. Esa sensación, al ir leyendo sus obras, de que sabía que algo terrible podía sucederle al hombre si renunciaba al pensamiento.

La experiencia de leer a Kafka nos proporciona una visión de poder, y Canetti apunta a lo que podría configurar la esencia del poder en Kafka:

Como teme al poder en cualquiera de sus funciones, como el auténtico objeto de su vida consiste en sustraerse al poder en cualquiera de sus manifestaciones, lo descubre identifica, nombra o configura en todos aquellos casos en que otros lo aceptarían como algo natural.³⁶

Por ello observamos algunas obras en que el poder que se cierne sobre una persona lo transfigura, lo mata o, en el mejor de los casos, le sobrevive.

Es en este punto donde radica la importancia del estudio de Kafka. Esas configuraciones que hace del poder desembocan en una constante: la anulación de la política con todas las consecuencias que ello implica.

³⁵ Hannah Arendt. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre reflexión política*, España, Península, 1996, p. 16.

³⁶ Elias Canetti, *op. cit.*, p. 182.

El acceso que Kafka nos permite a una sociedad abiertamente anti política, donde el poder ha cedido terreno a una violencia que innova instrumentos de ejercicio, donde el hombre ya no puede ser llamado hombre y es perseguido y donde el sentido común deja de ser común, nos hace pensar inevitablemente en la relación que pudiera guardar con los regímenes totalitaristas que surgieron en el siglo XX. Ahí radica el *don de anticipación*. Incluso Calasso llega a afirmar que “lo que iba a suceder en los años de Hitler es sobre todo, la literalización de este proceso”³⁷, en cuanto a la persecución de los judíos.

Si bien es cierto que en la literatura podemos observar costumbres, autoridad, diversas formas de pensar, un orden social, político, económico y hasta cultural; lo que encontramos en Kafka, la experiencia de su lectura que conlleva a la negación de la política, se nutre principalmente de tres aspectos.

Primero. Las sociedades que describe Kafka están constituidas por individuos cuya identidad pasa a formar una unidad. Se trata de individuos aislados y desarraigados que viven estrictamente en términos biológicos sin libertad ni acción. La pluralidad y espontaneidad han sido eliminadas.

Segundo. La autoridad que aparece en Kafka es un cuerpo anónimo que actúa en secreto. Esta autoridad, que se pierde en una infinita maraña de jerarquías, destaca por un trato inhumano hacia el individuo y constituye una agresión a la pluralidad, en el ámbito público, y a la espontaneidad, en el ámbito personal.

Esta autoridad se hace ayudar de una ley secreta que a veces ni ella misma se molesta en publicar. Esta ley se ha convertido en un instrumento de la autoridad para dominar. El terror aparece cuando los mismos individuos ya no saben qué ley los gobierna, pues ésta puede mudar y ser totalmente distinta a como se pensaba.

Tercero. La violencia ha desplazado al poder. No se encontrará la conciliación sino la intimidación. Encontramos una violencia física y psicológica hacia el hombre para doblegarlo. La humillación y el sacrificio son una constante y la mentira se ha hecho costumbre.

³⁷ Roberto Calasso, *K.*, España, Anagrama, 2005, p. 107.

El objeto de estas líneas es simple; busca describir principalmente esa experiencia literaria de negación de la política que encontramos en Kafka; aborda los tres puntos arriba mencionados e intenta abarcar las configuraciones más sobresalientes para el caso.

Por otro lado, las limitaciones existen. Por ejemplo, la aproximación que se hace de la experiencia de la negación de la política con los regímenes totalitaristas no busca (ni es) una línea paralela. Dicha aproximación es general y considero que un acercamiento más detallado debiera formar parte de un análisis aparte.

La razón de esta limitante responde a que Kafka, a pesar de la relación de sus sociedades con los regímenes totalitaristas, no debe ser visto como “el profeta del totalitarismo o del Holocausto”³⁸ como llegó a afirmar Friedländer. Y las razones son bastas. Kafka muestra sociedades donde la autoridad ya se encuentra afianzada y en ningún momento aborda el proceso de los movimientos totalitaristas que precedieron a los estados totalitaristas; en Kafka no observamos indicio ninguno de la ideología que sirvió a la Alemania de Hitler y a la Unión Soviética de Stalin para justificar sus acciones. Quizás en el cuento *En la colonia penitenciaria* aparezca lo más cercano a una profecía: “el comandante, transcurrido un número determinado de años, resucitará y conducirá a sus adeptos desde esta casa para reconquistar la colonia. ¡Creed y esperad!”³⁹

La vida del prisionero de *En la colonia penitenciaria*, cuento escrito en octubre de 1914, a meses de iniciada la Gran Guerra, se asemeja a la vida en un campo de concentración, en cuanto a que el prisionero camina hacia su propia ejecución sin mostrar resistencia ninguna; sin embargo, la descripción de Kafka dista mucho de incluir las atrocidades y humillaciones bajo las cuales vivían los internos. No obstante, con esa relación esencial, con ese *mínimo de experiencia abstracta* podemos concebir y relacionar las características esenciales de la vida en el campo de concentración. En esta abstracción encontramos ese *don de anticipación* que trasciende a cualquier descripción particular.

Definir a Kafka como profeta de los estados totalitaristas podría forzarnos a encasillar la experiencia de su lectura en un espacio y tiempo determinado. Es más provechoso si el lector se acerca a Kafka, considerando que éste ofrece antes que nada

³⁸ John Banville, “Un Kafka diferente”, *Letras Libres*, núm. 183, año XVI, México, Vuelta, marzo 2014, p. 65.

³⁹ Franz Kafka, *Cuentos completos*, España, Valdemar, 2004, segunda edición, p. 282.

una visión de la inexistencia de la política, en la que reside su *don de anticipación*, de la cual, los estados totalitaristas han sido una configuración específica. O si se prefiere, que en la experiencia de la lectura de Kafka encontramos las directrices de una sociedad sin política y que los estados totalitaristas han sido una modalidad muy inhumana, aterradora e indignante, de aquellas. Porque la inexistencia de la política puede tomar varias formas de las cuales seguramente no conocemos aún todas. Recordemos lo que Arendt llama prejuicio moderno sobre creer que la política “la ha habido siempre y por doquier”⁴⁰.

Al final de este ensayo, el lector encontrará un índice de nombres de las obras de Kafka, ya que a lo largo del mismo, se hace mención a diversas obras y a personajes para poder describir de mejor manera la inexistencia de la política.

⁴⁰ Hannah Arendt, *¿Qué es la política?...* p. 71.

Capítulo I

Autoridad y política en Kafka

“¿Y en quién hemos de pensar?

¿Quién más existe aquí?”

El castillo

Autoridad deshumanizada

En la literatura kafkiana se dibuja una autoridad totalmente desprovista de carácter humano; es decir, nos encontramos ante servidores cuyo trato hacia la población en general, no pareciese dirigido a seres humanos. Observamos una autoridad que no tiene la más mínima preocupación en la forma de tratarlos. Son ignorantes en este trato.

Una excelente prueba, la hallamos en la historia de Amalia⁴¹ en *El castillo*; una desventura que mucho se asemeja a la de una familia que cae en desgracia bajo una dictadura por no acceder a caprichos de los funcionarios. La pregunta es: ¿qué piensa el funcionario acerca del habitante para saberle merecedor de tan humillante trato?

La respuesta deriva de dos razones: el poco o nulo contacto que sostienen con el habitante y el egoísmo.

En *El castillo*, el funcionario no concibe al habitante como un ser humano. Lo piensa como un objeto, por ello no hay necesidad de evitarle sufrimiento ni brindarle el reconocimiento de condición humana. Se piensa que los habitantes están para satisfacer y regocijar al funcionario en lo que éste desee.

La exigencia de las autoridades sobre el cumplimiento de sus voluntades se agrava cuando a los habitantes no se les garantizan derechos. Estos, si llegan a ofrecerse, se ofrecen bajo el título de privilegios o gratificaciones piadosas, tal y como indica K., protagonista de *El castillo*.

En un pasaje de *El castillo*, K. aguarda a las afueras del mesón donde reposan exclusivamente los señores del castillo para interceptar a Klamm, una autoridad, y por fin poder hablar con él. Después de una espera larga, en la cual se entiende que Klamm no saldrá hasta que se retire K., éste desiste y entra a la cantina, donde lo aguarda el secretario aldeano de Klamm, Momus.

La intención es compeler a K. a responder algunas preguntas para terminar un protocolo acerca de su conducta – “acosar” a Klamm –. Momus exige la pronta contes-

⁴¹ Recuérdese que dicha mujer fue citada por Sortini, un alto funcionario, mediante una carta redactada (se indica en la lectura, ya que en ningún momento se cita el contenido de la misma) en los más vulgares términos. La cita se remonta a una esperada fiesta en la aldea donde concurrían todos con sus mejores ajuares; Amalia, bellamente ataviada, atrajo la atención del alto funcionario que fungía como representante del Castillo. Es en la mañana siguiente en que Amalia recibe esta carta, y a su vez, se niega a acceder a la orden de Sortini haciendo trizas el papel enfrente del mensajero. Sin desearlo y con su actitud, Amalia sumergió a su familia en el más aciago de los infortunios. Ver capítulo 15 de Franz Kafka, *El castillo*, España, Alianza, 2000.

tación en nombre del alto funcionario; K. pregunta si su respuesta tendría como pronta consecuencia una entrevista con Klamm⁴², y ante una rotunda negativa de Momus al respecto, K. se niega a responder al interrogatorio. Para los demás enterados y presentes de la negativa a responder, esto es un atrevimiento, una grosería. No obstante, destaquemos que las autoridades exigen pero no conceden, es decir, se nota cierta inexistencia de reciprocidad. Por ello son determinantes las palabras de K. “Yo no quiero del castillo gratificaciones piadosas; reclamo mi derecho”⁴³.

Una situación de impacto similar se da en *El proceso*: Joseph K. es detenido en su dormitorio; ante la sorpresa, pregunta de qué es acusado pues durante su detención sus vigilantes no le muestran orden ninguna. No obstante, cuando exige a sus vigilantes se identifiquen, estos le responden “se porta usted peor que un niño”⁴⁴. Sabemos que Joseph K. habrá de ser juzgado por un cuerpo que nunca conoció y sentenciado por un delito que igual desconoció. Eso sí, la autoridad, representada en el juez de instrucción, le obliga a asistir a las asambleas en las cuales se maneja información errónea y absurda.

Siendo así, es necesario apuntar la exigencia de la autoridad para la pronta y cabal satisfacción a sus órdenes, no importando si éstas rebasan sus atribuciones e invaden la vida privada, ni si a las demandas de los ciudadanos se les contesta con un: “se rechaza la solicitud. Podéis alejaros”⁴⁵. El inevitable – y tan necesario choque – se da cuando el habitante protesta a las exigencias de la autoridad: “¿por qué habría de someterme a una broma, o bien a un capricho oficial? Tal vez en otra oportunidad lo hiciera, también por broma o por capricho, pero hoy no quiero.”⁴⁶

El desacato de lo que K. llamó acertadamente *capricho oficial*, suele ser castigado, además de que “los caprichos de los señores son fugaces”⁴⁷, lo que conlleva a una incertidumbre constante y mayor.

La autoridad y los habitantes terminan por asumir los deseos y designios de aquella como leyes no escritas que es menester cumplir. Los hay quienes cumplen con beneplácito tales *caprichos oficiales* como la mesonera y Frieda, quienes se jacta-

⁴² Klamm es el nombre de una pieza clave del estudio de la autoridad. Se trata de un supuesto alto funcionario que es buscado incesantemente por K. Jamás logra entrevistarse K con él ni tampoco se lee un diálogo de él. Es como si no existiera.

⁴³ Franz Kafka, *El castillo...* p. 93.

⁴⁴ Franz Kafka, *El proceso*, España, Edaf, 2001, p. 17.

⁴⁵ Franz Kafka, *Cuentos completos...* p. 483.

⁴⁶ Franz Kafka, *El castillo...* p. 144.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 236.

rán el resto de sus vidas de haber sido elegidas – como objetos – por Klamm para ser su amante en turno.

En *El castillo*, K. tiene muy pocas relaciones con personas que podríamos pensar pertenecen a esta autoridad; dicha relaciones, dejan entrever la poca consideración que le merece el habitante al funcionario.

El primer acercamiento que K. tiene con la autoridad, es con el alcalde, justo unos días después de su llegada a la aldea y el cual carece de tintes oficiales, ya que el alcalde lo recibe en la cama atribuyendo tal situación a un dolor de pierna insoporable.

Este alcalde, después de afirmar que la contratación de K. como agrimensor se debe a una confusión, y una vez que se descubre enfrentado en sus respuestas por un K. que reclama su derecho y exige respuestas, da por terminada la reunión con un: “Mizzi (su esposa, quien en toda la reunión estuvo presente), la pierna vuelve a dolerme mucho, tendremos que renovar la compresa”⁴⁸, justo cuando minutos antes, al defender el alcalde las decisiones del Castillo, “olvidándose hasta del dolor de su pierna, se irguió en la cama”.⁴⁹

Es difícil no reparar en una característica propia de la forma de pensar de la autoridad relacionada con el trabajo que ella y los habitantes ejecutan: la autoridad maneja un discurso que detenta superioridad en el trabajo que ellos hacen y hasta cierto desprecio por el de los habitantes.

En la plática sostenida entre K. y otro funcionario, el secretario Bürgel, éste, después de afirmar que el trabajo es agobiante (esta característica es común en la autoridad de todas las obras de Kafka), afirma que a pesar de ello prefiere su trabajo, ya que “cualquier otro trabajo me parecería insulso”⁵⁰, es decir, que los trabajos de curtidor, maestro, agrimensor, mesonero, cantinera, ayudantes, entre otros que se mencionan a lo largo de la obra, son carentes de interés.

Esta característica del estatus del funcionario es la que Weber aborda sobre una burocracias moderna: “El funcionario moderno, ya esté en una oficina privada, ya en una dependencia pública, siempre es un esforzado o un sacrificado, y por lo general disfruta de una neta estima social en comparación con los gobernados”.⁵¹ De manera que cuando se da una entrevista entre K. con el señor Erlanger, un alto funcionario de la enmarañada jerarquía, al acudir a la cita, y cuando es conducido a

⁴⁸ Franz Kafka, *El castillo...* p. 94.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 79.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 314. Al respecto, Calasso indica que cualquier otro trabajo le “resultaría insípido”.

⁵¹ Max Weber, *¿Qué es la burocracia?*, México, Ediciones Coyoacán, 2004, p. 28.

la habitación de Erlanger (es común que los funcionarios despachen en cualquier lugar, menos en una oficina, incluso en la cama), el ordenanza que conduce a K. le indica que el señor Erlanger se encuentra dormido, que habrá que esperar a que despierte, y en justificación agrega el ordenanza: "Ya sabe que el trabajo que aquí realiza es voluntario"⁵², en pocas palabras, es un *sacrificado* por recibir al habitante.

Esta *estima social* la reconoce Kafka cuando en una entrada escribe: "La vida de funcionario podría ser buena para mí si estuviera casado. Esa vida me ofrecería un buen respaldo en todos los aspectos, frente a la sociedad, frente a mi mujer, frente al escribir, sin exigir demasiados sacrificios".⁵³ No olvidemos que el trabajo de Kafka se encontraba en el escalafón del Imperio Austro-Húngaro.

Sin lugar a errores

Por otro lado, observamos una autoridad que no comete errores y cuya infalibilidad reside en la no aceptación de errores más que en su capacidad.

Esto complementa la visión de una autoridad deshumanizada que no sólo niega tratar con seres humanos, sino que también se despoja a ella misma de cualquier característica humana, siempre anteponiendo el cálculo como premisa infalible.

"Está usted contratado como agrimensor, pero desgraciadamente no nos hace falta ningún agrimensor. No habría para él ni el menor trabajo".⁵⁴ Son palabras dichas por el alcalde a K. en la entrevista referida. Aquel busca minimizar el error sin reparar en que está en juego la existencia de una persona venida de lejos; y para hacer más complejo y absurdo el argumento, mezcla una historia, donde pretende extrañar la responsabilidad de la autoridad, como lo es llamar y contratar a alguien no necesario.

A su vez, en *El proceso* sucede algo similar: quienes detienen a Joseph K. en su dormitorio explican:

Nosotros somos nada más que unos funcionarios subalternos. Nuestra tarea es vigilarle durante diez horas diarias y cobrar nuestro sueldo. Eso es todo. No obstante, no ignoramos que las autoridades superiores, a cuyas órdenes estamos, estudian con toda minuciosidad las causas del arresto e indagan la conducta del detenido antes de dar la orden. Es imposible cometer ningún error.⁵⁵

⁵² Franz Kafka, *El castillo...* p. 296.

⁵³ Franz Kafka, *Diarios...* p. 347.

⁵⁴ Franz Kafka. *El castillo...* p. 75.

⁵⁵ Franz Kafka, *El proceso...* p. 17.

De forma que más allá de delatar una actitud que niega la oportunidad del error – cosa ya terrible en sí –, la autoridad evade la responsabilidad por sus actos.

Son tres los caminos que utiliza la autoridad para negar el error propio y exentarse de responsabilidad:

1. Negar autoritariamente la existencia del error. En este punto el más claro ejemplo es el encontrado en *América*, donde Feodor, el portero mayor del Hotel Occidental donde labora Karl Rossmann, niega en los treinta años de servicio como portero haber confundido a ninguna persona que accediera o abandonase el Hotel; su argumento: por ser portero es imposible que confunda a la gente pues de lo contrario no podría ser portero. Descarta el error humano como posibilidad.
2. Otro camino es enredar y perder la situación en boga entre la jerarquía burocrática; una jerarquía por demás desconocida y anónima que no arroja a nadie “a quien se le pueda pedir explicaciones”⁵⁶.
3. Inserta la autoridad la confusión en su máxima expresión: “Tales errores no se producen, y aun cuando alguna vez se produce un error, ¿Quién podría decir definitivamente que es un error?”⁵⁷ Cuestión que niega al involucrado algún derecho a opinar por la condición de desconocer las entrañas, jerarquías y formas de conducirse de la autoridad, y situación que condena al conflicto a perderse en la infinidad de supuestos.

Dice el alcalde: “La autoridad tiene por principio de trabajo que no se cuente ni con la posibilidad de un error”.⁵⁸ Las decisiones de los jefes son incuestionables. La autoridad, que nunca puede cometer errores por ser autoridad, aparece como un dogma. La autoridad y sus jefes son dotados de una superioridad y excelencia que raya en la divinidad. Klamm entra en esta idea; lo que ordena es siempre correcto y justo, no hay posibilidad de equivocarse pues es Klamm. Así de tajante, “el que yo no pudiese seguir viendo a Klamm, no obedecía sino a la decisión de Klamm, y era, por lo tanto, correcto”,⁵⁹ así justificaba la mesonera a K. el hecho de que de un día para otro Klamm ya no la llamara para compartir el lecho.

Esta idea de que Klamm siempre tiene la razón evoca la máxima del miembro del partido Nacionalsocialista alemán: “El Führer siempre tiene la razón”.⁶⁰

⁵⁶ Hannah Arendt, *Sobre la violencia*, México, Joaquín Mortiz, 1970, p. 37.

⁵⁷ Franz Kafka, *El castillo...* p. 82.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 82.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 102.

⁶⁰ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, México, Taurus, 2004, pp. 433-4.

Cuando el lector cree haber encontrado un error que no puede ser negado por la autoridad, siendo este caso la contradicción entre la primera carta que recibe K. firmada por Klamm, en la cual se lee: “Muy estimado señor: está usted, como ya lo sabe, aceptado para el servicio señorial. Su superior inmediato es el alcalde de la aldea (...)”,⁶¹ y las palabras del alcalde: “Lo único que no admitiré es que le contraten como agrimensor (...)”,⁶² se siente solidario con K. cuando se queja éste del abuso atroz que se comete a su persona apoyándose en la carta; sin embargo, se pasa a la confusión, cuando el alcalde, después de haberlo consultado con su mujer, encuentra una salida:

Esta carta no es, de ningún modo, una comunicación oficial, sino una carta particular. (...) Por otra parte no está dicho ahí, ni con una sola palabra, que esté usted contratado como agrimensor; antes bien háblase sólo en términos generales del servicio señorial; y tampoco esto está dicho en forma que comprometa, sino que está usted aceptado “como ya lo sabe”, lo cual quiere decir que todo el peso de la demostración de que ha sido usted aceptado, se le endosa a usted. (...) Para quien sepa leer comunicaciones oficiales, y por consiguiente, mejor aún las cartas extraoficiales, queda todo esto más que aclarado.⁶³

Con esto, se recuerda lo que fue una realidad en los estados totalitaristas:

La base de la estructura no es la veracidad de las palabras del jefe, sino la infalibilidad de sus acciones. Sin ésta, y en el calor de una discusión que supone la fiabilidad, todo el mundo ficticio del totalitarismo queda destrozado”.⁶⁴

Esta infalibilidad descansa en la característica de la burocracia que Weber describe en la cual los funcionarios, para desempeñar un cargo, poseen una “preparación cabal y experta”⁶⁵, por ello las decisiones de Klamm son correctas, pues su juicio es superior.

A su vez, la autoridad no tiene inconveniente ninguno en practicar la corrupción. Y como podrá verse, esta práctica tiene la finalidad última de evitar entablar contacto entre el funcionario y el habitante. El hecho es que “aunque en nuestras oficinas

⁶¹ Franz Kafka, *El castillo...* p. 33.

⁶² *Ibid.*, p. 88.

⁶³ *Ibid.*, pp. 89-90.

⁶⁴ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 476.

⁶⁵ Max Weber, *op. cit.*, p. 24.

públicas, para simplificar las cosas y evitar palabras inútiles, se aceptan sobornos, nada puede conseguirse con ellos.”⁶⁶

Calasso afirma que la corrupción “no parece que se practique por interés, sino más bien para vigilar una cierta regularidad y limpieza en los procedimientos, evitando algo que suscitaría una profunda aversión; los discursos inútiles.”⁶⁷ Evitar palabras, como es en el caso del cuento *Ante la ley*, donde quien aguarda a las afueras del edificio esperando la autorización del centinela para acceder, obsequia a éste lo que lleva, accediendo éste pero aclarando: “Acepto todo lo que me das para que no te turbes suponiendo que el no obsequiarme de una manera adecuada sea la causa de que no acceda a dejarte entrar.”⁶⁸

Esta corrupción, se vive en *El proceso* también, donde “los abogados defensores se agolpan alrededor de los ‘empleados corrompibles’, siempre con la intención de descubrir ‘lagunas’ en el ‘riguroso aislamiento’ (...) del tribunal.”⁶⁹ De manera que, con la práctica de la corrupción, la autoridad, sin aceptarlo, fomenta la esperanza de quien busca una respuesta favorable, pues ésta implica un grado de complicidad, pero a su vez, a manera de sentencia, le recuerdan que su caso no habrá de mejorar por ello, es decir, que se guarden de decir *palabras inútiles*.

Autoridad secreta

En *El proceso*, encontramos una explicación acerca del funcionamiento de los procesos judiciales y la actuación que en él desempeña la autoridad. Dicha explicación destaca por la gran discrecionalidad que ejercen las autoridades al ejercer sus funciones; es evidente el nulo contacto que mantienen con el ciudadano común. La comunicación se limita a escritos dirigidos, nada de encuentros físicos o entrevistas. Esta forma de contacto es harto dudosa pues nada asegura – confiesa K. – que se lea y tomen en serio dichas misivas.

De la misma forma, en *El castillo*, somos testigos de la manera en que la autoridad se retrae físicamente del resto de la sociedad. Si en *El proceso*, esta separación es notoria muy a pesar de poder asistir a donde los jueces; en *El castillo* lo es más dado que la autoridad está fuertemente aislada en una construcción totalmente alejada de la aldea y de ubicación imprecisa.

Cuando se pretende entablar contacto físico con alguna autoridad, el esfuerzo es estéril. Joseph K. busca en vano al juez que ha de llevar su proceso judicial; jamás

⁶⁶ Franz Kafka, *El castillo*...p. 259.

⁶⁷ Roberto Calasso, *op. cit.*, p. 23.

⁶⁸ Franz Kafka, *El proceso*...pp. 263-64.

⁶⁹ Roberto Calasso, *op. cit.*, p. 23.

lo halla. K. busca celosamente al jefe Klamm al grado de perderse en la tarea; dedica todo su día en hacerse de la forma para entrevistarse con Klamm, a quien no sólo jamás encuentra, sino de cuya existencia no está seguro.

De esta manera la autoridad ha logrado aislarse y con todas las consecuencias que ello implica, de las cuales la más grave deriva en el aborrecimiento a todo contacto con los habitantes. Con este aislamiento la autoridad está faltando al principio para el que fue instaurado en el Estado moderno: “establecer el vínculo de súbdito con carácter general y unitario”⁷⁰. Simplemente el vínculo no existe. Y dónde podría haber una aproximación, como es el caso con los interrogatorios nocturnos en *El castillo*, estos se evitan a toda costa por los funcionarios.

Es así que en Kafka, la relación de la autoridad con el habitante está dominada por la intención de aquella de sustraerse al mayor contacto posible con el habitante.

La autoridad marca una clara distancia entre ellos y el habitante ordinario; y “no puede representarse el apartamiento más perfectamente que escondiéndose, haciéndose invisible.”⁷¹ Por ello los protagonistas de las obras kafkianas se enfrentan a una autoridad a la que nunca pueden acceder. Así, la sentencia de Canetti tiene validez: “El poder se sustrae: Klamm, la jerarquía de funcionarios, el castillo. Uno los ve, pero sin tener luego la certeza de haberlos visto.”⁷²

Este apartamiento, como le llama Simmel, o sustraerse, diría Canetti, tiene su explicación en la idea desprovista de condición humana que tiene la autoridad del habitante. Esta distancia que marca la autoridad, “expresa aquí un valor: hay separación porque no se quiere compartir con los demás, porque se quiere hacer notar que se es superior a los demás.”⁷³

De tal manera, en el discurso de la autoridad de las obras kafkianas, se entrevé un dejo de superioridad y frialdad para con el habitante, pues para la autoridad, “la importancia es esa distancia, que mantiene a los demás alejados de esa esfera que la persona relevante llena con su poder, su voluntad y su grandeza.”⁷⁴

Es así que la vinculación entre ambos se limita a dos variantes: la elevación de escritos y la mediación de terceras personas.

En *El proceso* pueden encontrarse ambas. Sucede cuando Joseph K. entiende que la entrevista con el funcionario que busca puede demorar bastante tiempo y decide

⁷⁰ Hermann Heller, *Teoría del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 173.

⁷¹ Georg Simmel, *El secreto y las sociedades secretas*, España, Sequitur, 2010, p. 104.

⁷² Elias Canetti, *op. cit.*, p. 177.

⁷³ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 104.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 46.

después de intentar el contacto por mediación de su abogado Huld, elevar un escrito. Se encuentra con otro gran problema: el anonimato de la autoridad. En pocas palabras, Joseph K. desconoce a quién dirigirse.

Con K. la situación no es diferente. Busca por varias personas alguna oportunidad para encontrarse con Klamm. La mediación más esperanzadora es la que sostiene con Barnabás, a quien se cree gran parte de la novela mensajero oficial, siendo que al final se desmiente esto. En un pasaje, se observa cómo K. sale corriendo a buscar a su mensajero pues debe hacerle un comunicado urgente a Klamm; ante tal eventualidad, indica un problema de comunicación, pues si algo urgente debe comunicar a Klamm, ¿cómo hacerlo si el mensajero – único intermediario – acude ante K. periódicamente? Barnabás responde “pues entonces, ¿he de transmitirle al jefe que entre vosotros debe establecerse otro enlace que el que se realiza por mi mediación?”⁷⁵ Con esto se entiende que la autoridad no está dispuesta a la comunicación directa con el habitante, antes deberá establecerse una red compleja de intermediarios de mensajeros – Barnabás –, secretarios particulares – Momus – y ordenanzas.

Como podrá entenderse, dichas vinculaciones son dudosas en cuanto su efectividad. A los habitantes nadie asegura sean recibidos los escritos por la autoridad competente, y si así fuese, nadie tampoco asegura que éste sea revisado y considerado por el funcionario. Las mediaciones de terceras personas son a la vez inútiles; no se tiene certeza si el mediador realmente se entrevista con quien el individuo busca contacto. Bien puede, como sucede con Barnabás, recibir el mediador instrucciones escritas sin la necesidad de recibirlas directamente y de mano del jefe, en este caso, de Klamm.

Sólo las mediaciones oficiales, como la de Momus, secretario aldeano de Klamm, parecen poseer cierta posibilidad de éxito, pero ésta desaparece cuando se descubre que el objetivo de tales mediaciones oficiales no es recoger demandas de los habitantes, sino hacerles cumplir sus obligaciones que tienen como lo es contestar preguntas para escribir un protocolo y archivarlo⁷⁶, como sucedió después de esperar K. a Klamm a las afueras de mesón señorial

Es necesario destacar que si bien la autoridad ha instaurado este distanciamiento con los habitantes, no son los únicos en mantenerlo. Los mismos individuos a quienes se busca distanciar, a excepción de los protagonistas de cada obra, aceptan y hasta promueven esta separación. En *El* proceso, el comerciante Block ha renunciado a todo acercamiento con la autoridad y se somete con humillada actitud a la

⁷⁵ Franz Kafka, *El castillo...* p. 39.

⁷⁶ Al respecto, véase la historia citada a inicios de este capítulo.

intermediación que le ofrece el abogado; el grueso de los habitantes de la aldea en *El castillo*, rehúyen a cualquier contacto con los jefes, ya que temen no poder dar cumplimiento a los deseos de estos y correr la misma suerte que la familia de Amalia.

En la configuración que hizo Kafka del poder, esta es de mayor significancia, pues el individuo “lo que hace es aumentar la distancia que los separa del más fuerte, disminuyendo de tamaño con respecto a él.”⁷⁷ Lo que implica que el individuo acepta su insignificancia, en este caso, ante la autoridad.

Es característica común en Kafka la autoridad aislada que funciona de manera secreta y cuya estructura es desconocida, llegando a abrumar a sus integrantes. Gracias al aislamiento, con el discurso de encontrarse siempre “trabajando hasta el agotamiento”⁷⁸, es que se habla de jefes de quienes nadie puede asegurar su existencia, o bien, nadie conoce ni los ha visto siquiera.

La autoridad no duda en utilizar el secreto a su favor. Son sabedores de que “el secreto sitúa a la persona en una posición excepcional: ejerce una atracción, determinada socialmente e independientemente del contenido del secreto”⁷⁹, por ello la información llega a cuentagotas además de mezclada con cuestiones imprecisas que permiten una interpretación tan infinita como tergiversada.

Se parte del principio: “lo que se niega a muchos debe ser muy valioso.”⁸⁰ Tan es así, que el mismo lector, mientras recorre las obras kafkianas, al reconocer un mundo secreto, siente que algo importante se le está escapando entrelínea. Esto explica cómo es que los aldeanos de *El castillo* tienen la firme creencia de que los funcionarios tienen actividades tan abrumadoras como importantes, pues las desconocen.

Cobra sentido entonces cómo, en *El proceso*, los acusados creen que el aparato judicial que los juzga se encuentra trabajando a marcha forzada, sepultados entre pesados expedientes; sin embargo, entre las propiedades del juez de instrucción, K.:

Encontró un grabado pornográfico. En el mismo un hombre y una mujer completamente desnudos aparecían sentados en un diván. (...) [Joseph K.]

⁷⁷ Elias Canetti, *op. cit.*, p. 185.

⁷⁸ Franz Kafka, *El castillo*...p. 87.

⁷⁹ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 60.

⁸⁰ *Ídem.*

procedió a revisar otro tomo, cuyo título le sorprendió: *Los suplicios que tuvo que sufrir Grete de su marido Hans*.⁸¹

Pero esto sólo lo supo Joseph K. junto con la mujer del ujier del tribunal. De manera que “toda personalidad eminente, toda acción superior tiene para el común de los hombres un carácter misterioso.”⁸² Y como existe una separación entre autoridad y habitante, se incurre en “el típico error de creer que todo lo misterioso es profundo e importante.”⁸³ Es así como se comprende la importancia y grandeza de Klamm.

En las obras kafkianas, nada se sabría de la presunción de la existencia del secreto si no fuese por la acción de los protagonistas por descubrir. Con la “intención de ocultar [se] adquiere una intensidad muy distinta cuando frente a ella actúa la intención de descubrir.”⁸⁴ Así, entonces, surge lo que llama Simmel disimulación y enmascaramiento, “esa defensa casi agresiva frente al tercero” que permite “que surja otro mundo junto al mundo visible”.⁸⁵

Así la autoridad disimula y ejerce violencia sobre el tercero, es decir, sobre quien busca descubrir el secreto. ¿Qué secreto?

Este secreto tiene fundamentalmente dos alcances: la forma de manejar la información y su estructura; ambos aspectos fundamentales que aborda Weber.

Weber afirma que todo este aparato responde a normas estables y precisas, que “el conocimiento de estas normas es un saber técnico particular que posee el funcionario”⁸⁶; sin embargo esta información permanece en las sombras lo que significa que el habitante desconoce totalmente la forma en la que la autoridad se regula, además de desconocer la estructura jerárquica de la misma, lo que se traduce en la imposibilidad de identificar ante quién se puede apelar una decisión ante una autoridad mayor.

Con estas dos características bajo secreto es como se entiende la morosidad y eternidad de la duración de los procesos. Entendemos cómo Joseph K. jamás conoció algo acerca de su proceso más que conjeturas que su angustiada mente construía. En el mismo secreto residen las explicaciones de por qué K. jamás logró saber algo acerca de su contratación como agrimensor y de cómo nunca logró protestar ante la autoridad por no poder acceder a ella.

⁸¹ Franz Kafka, *El proceso...* pp. 70-1.

⁸² Georg Simmel, *op. cit.*, p. 61.

⁸³ *Ídem.*

⁸⁴ *Ibid.*, p. 57.

⁸⁵ *Ídem.*

⁸⁶ Max Weber, *¿Qué es la burocracia?...* p. 24.

El total secreto a que somete la autoridad la información, hace aparecer una situación que podríamos llamar *trilema del proceso burocrático*, que consiste en que el trámite no ha iniciado; o continua sin saberse en qué punto de desarrollo se encuentra; o bien esto ya finalizó y ni siquiera se dio parte al interesado.

En cualquier punto del *trilema* el común factor es el secreto. Nadie sabe nada con certidumbre. Así, el secreto es un arma de la autoridad que facilita la confusión. Desde luego la autoridad no reconoce el engaño; sólo se contenta con negar información y ofrecer suposiciones al interesado.

Como la conducción de los asuntos es secreta, dentro de esa gama de posibilidades, precisamente en la conclusión del proceso, es posible:

Que, de pronto, como un rayo, caiga una resolución procedente de alguna autoridad imprevisible y que más tarde ya no podrá ser identificada, poniendo punto final al asunto, en una forma que, si bien es, por lo general, muy justa, no deja de ser, sin embargo, en cierto modo, arbitraria.⁸⁷

El discurso de la autoridad no puede esconder la contrariedad y lo absurdo. Echa mano de palabras como “en cierto modo” para disimular sus intenciones. Este tipo de acciones son las que no ofrecen en lo absoluto certidumbre a quien busca respuestas. Sencillamente la autoridad no considera necesario informar.

Esta instauración del secreto recuerda a las normas que en 1939 Hitler decretó:

1. No será informado nadie que no necesite saberlo.
2. Nadie debe conocer más que lo que necesita saber.
3. Nadie debe conocer nada antes del momento en que necesite saberlo⁸⁸.

El terror aparece cuando la autoridad define qué debe saber y qué no, en el entendido de que dicha información tiene un fuerte impacto en la individualidad.

El segundo alcance del secreto es la estructura misma de la autoridad; esto en cuanto a la identidad de los jefes así como la inmensa jerarquía en la que se divide.

Los jefes en Kafka se conocen sólo de nombre. Como se ha dicho, Joseph K. no logra acceder a la ley ni a quienes habrán de juzgarlo y condenarlo; K. no consigue siquiera acercarse a quien llaman Klamm. Las vidas de estos personajes yace en la oscuridad; lo único que se cree saber sobre ellos son conjeturas.

Sin embargo, hay más. Mucho se habla de Klamm en *El castillo*, al grado que se hace ver como el jefe máximo. Pero no es así. Al inicio de la novela, se le indica a

⁸⁷ Franz Kafka, *El castillo*...p. 86.

⁸⁸ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*... pp. 463-64.

K. que donde se encuentra “es el castillo del señor conde de Westwest.”⁸⁹ Nada más se menciona de este conde a lo largo de la obra.

Sobre este tipo de personaje que se supone el jefe máximo del Castillo, que se nombra una sola vez, que nada se sabe de él e incluso guarda un mayor secreto que el nombre de Klamm, Calasso afirma que “el soberano saturnal, encerrado en la torre que se yergue entre los ruinosos edificios del Castillo, es el conde Westwest, a quien nadie ha visto, a quien nadie puede pedir audiencia”⁹⁰.

La vida de este *soberano saturnal*, distanciado y aislado en sobremanera es la vida que se mantiene en secreto. Recuerda Arendt al respecto:

La forma en que los movimientos totalitarios mantienen en absoluto secreto las vidas privadas de sus dirigentes (Hitler y Stalin) contrasta con el valor publicitario que hallan todas las democracias (...). Los métodos totalitarios no permiten una identificación basada en la convicción: hasta el más alto de nosotros sólo es humano.⁹¹

Pero ni en *El proceso*, *El castillo* o en ninguna otra obra kafkiana, la autoridad es vista como un humano; son visto como algo por encima de la condición humana. Esta autoridad, dirigida por un ser desconocido, toma la forma de una sociedad secreta, aunque no comparta forzosamente todas las características que de ella ofrece Simmel.

“La sociedad secreta es una formación secundaria, es decir, sólo surge dentro de una sociedad ya formada.”⁹² Esta afirmación de Simmel encuentra correspondencia en cuanto a que la autoridad en Kafka sí es un grupo formado dentro de otro grupo más amplio que vendría siendo el de la población; sin embargo, no puede afirmarse que el grupo de la autoridad se haya formado después que el de la población. Esto implicaría que antes de la autoridad que conocemos en Kafka, existiese alguna otra con otras características, dentro de la cual se formó la que nosotros leemos. Esto no puede conocerse.

“Frente al círculo más amplio, la sociedad secreta se opone como un círculo más reducido; y este enfrentamiento, cualquiera que sea su objeto, siempre supone aislamiento”⁹³, otra característica de las sociedades secretas. La cuestión es entonces: ¿A qué se opone la autoridad frente al resto de la población?

⁸⁹ Franz Kafka, *El castillo*...p. 8.

⁹⁰ Roberto Calasso, *op. cit.*, p. 36.

⁹¹ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*...p. 460.

⁹² Georg Simmel, *op. cit.*, p. 101.

⁹³ *Ídem.*

Lo cierto es que cualquier acción que haga o deje de hacer la autoridad está encaminada a entorpecer a Joseph K. su defensa frente a un aparato anónimo; cualquier acción está encaminada a evitar la confirmación del nombramiento de K. como agrimensor. Se opone a que el habitante muestre oposición a su voluntad. La autoridad niega al hombre y su acción.

Arendt hace una descripción apoyándose en Simmel, de lo que es una sociedad secreta en los regímenes totalitarios:

Constituyen jerarquías según grados de iniciación, regulan la vida de sus miembros según presunción secreta y ficticia (...), adopta una estrategia de mentira consistente para engañar (...), exige una obediencia indiscutible a sus miembros, que se mantienen unidos por la adhesión a un jefe frecuentemente desconocido y siempre misterioso.⁹⁴

Las sociedades secretas conllevan jerarquías, y “en casi todas sus ficciones [de Kafka] hay jerarquías y esas jerarquías son infinitas”,⁹⁵ apunta Borges. Arendt llama “zona amortiguadora”⁹⁶ a aquella parte de la organización de la cual el centro es el jefe, en la cual éste está rodeado de un grupo pequeño iniciado, y estos últimos, a su vez, rodeados por semiiniciados, quienes fungen como zona de transición hacia el centro; esta zona permite una gradual adaptación entre lo de adentro de la organización y lo de fuera. Esta *zona amortiguadora* es lo que explica cómo es que K., por ejemplo, logra acceder al alcalde, a quien podemos considerar una pieza semiiniciada de la organización, pero ya no puede seguir avanzando hacia el centro, donde debería pasar por Klamm hasta llegar al centro, con el *soberano saturnal* conde de WestWest.

Este alcalde, quien no tarda en aclarar a K. “no soy lo bastante funcionario”,⁹⁷ aceptando así su distancia del centro de la organización, cuida mucho de hacer afirmaciones durante sus diálogos; es como si un superior le hubiese regulado lo que puede decir y lo que no, dado que no es *lo bastante funcionario* para ello, como para ocultar “ningún secreto oficial”.⁹⁸ De manera tal, que los que están más situados al centro de la organización regulan a los que se encuentran más alejados, entre quienes puede haber un contacto con los no iniciados o no pertenecientes a la organización, siendo a estos últimos a quienes se les dirige un discurso de secreto y mentira.

⁹⁴ Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 464.

⁹⁵ Franz Kafka, *La edificación de la Muralla China y otros cuentos*, Argentina, Lozada, 2004, p. 10.

⁹⁶ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...*p. 464.

⁹⁷ Franz Kafka, *El castillo...* p. 76.

⁹⁸ *Ídem.*

La adhesión es total e incondicional al *soberano saturnal* que se halla en el centro de la organización y a quien muchos funcionarios, incluso, no ha sido dable conocer.

Al respecto, Simmel hace una certera reflexión:

La obediencia a una instancia impersonal, (...) ya tiene de por sí un carácter de severidad inflexible, pero esta severidad se acentúa hasta llegar a ser absoluta e inquietante, cuando la persona que manda es desconocida, por principio. Al ser invisible y desconocida, desaparece la fuerza de la sugestión, el poder de la persona: desaparecen todas las limitaciones, las relatividades, por así decir, humanas, que caracterizan a la persona singular y conocida.⁹⁹

Y así como en la Alemania nazi, personajes como Frick y Guerthner, pasaron de ocupar puestos dentro del partido a puestos oficiales del Estado y con ello, al ser visibles, perdieron poder e influencia, en las obras de Kafka se observa que quienes son visibles como el alcalde de *El castillo*, el juez de instrucción de *El proceso*, son seres carentes de autoridad o no son lo *bastante funcionarios*. De esta forma, “el poder auténtico comienza donde empieza el secreto”.¹⁰⁰

Un problema más deriva del secreto en la organización de la autoridad: la división – desde luego no reconocida – de jefes reales y aparentes.

Durante una petición o solicitud, si el interesado logra acercarse con algún funcionario nada puede resolver éste – como lo hace Joseph K. con el juez de instrucción o K. con el alcalde de la aldea –. Aseguran que quienes tienen la facultad de intervenir son los jefes de jerarquía superior a la de ellos. De forma que el problema consiste en que en una solicitud los funcionarios a los que se tiene acceso son declarados incapaces de tomarla siquiera y canalizarla; y quienes pueden aparentemente darle solución, o bien, no están facultados a retomar dicha solicitud, o jamás puede vérselos.

Esto aclara que: a) los jefes a los que se tiene acceso son jefes o autoridades aparentes pues su función es no funcionar; ellos nada aseguran y de ellos nada debe esperarse; sólo confunden, engañan, hacen crecer el secreto; y b) los funcionarios que aparentemente pueden dar soluciones son los jefes anónimos, a quienes nadie logra encontrar ni conocer. Resulta entonces la imposibilidad de la solución en la práctica por no poder acceder a los jefes autorizados, y no tanto por negación directa de las autoridades en general. Esto se reduce a un: Consideraré tu petición si me

⁹⁹ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 115.

¹⁰⁰ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 495.

encuentras; ten presente que es imposible hacerlo. No obstante si llegas a lograrlo, ¿cómo sabrás que soy yo a quien buscas?

El ejemplo más revelador de un jefe anónimo lo encontramos en Klamm. Todos hablan de él, lo saben comprometido con sus funciones, ingenioso responsable y poderoso; mas nadie lo conoce ni lo ha visto. Y si alguien asegura haberle visto y tratado – como aseguran sus ex regocijadas amantes –, ¿cómo saben que hablan del mismo jefe? ¿Cómo saber si es Klamm o no, si gracias al anonimato en el que viven, los jefes se sustituyen los unos a los otros? Hoy Klamm puede ser uno y mañana otro. Para tales efectos es necesario considerar la historia que el alcalde refiere a K. acerca del jefe Sordini, la cual consiste en una constante suplantación de jefes que al final conduce a una confusión total de jefes.

Y quienes aseguran haber visto a Klamm además de sus mujeres¹⁰¹ como Barnabás, describen de aquel sus funciones y su físico de manera vaga, imprecisa y en ocasiones contradictoria a otras anteriores. Esto hace imaginar que hoy una persona se hace llamar Klamm, mañana otra más y así sucesivamente. De forma que Klamm no es un funcionario, una persona, un ser humano, sino un concepto.

Al ser los altos jefes anónimos, la jerarquía llega a ser tan imprecisa que Kafka la dibuja infinita. Tanto es así que los mismos funcionarios se abruma ante tal infinidad de superiores, teniendo que recurrir a la indiferencia.

En todo *El castillo* Klamm no tiene un sólo diálogo. Sin embargo, imaginemos que después de tantos años y esfuerzo invertidos K. logra entrevistarse con aquel – o bien con el funcionario que se haga llamar así –; podría ser algo así:

- ¿Es usted Klamm, señor del Castillo? – preguntaría K.
- ¿Quién pregunta? ¿Qué quiere de mí?
- Soy K. el agrimensor. Usted ya sabe mi posición. Fui contratado como agrimensor pero el alcalde afirma que no requieren de ninguno. ¿Qué sucede? No pueden hacerme venir de tan lejos para después enterarme que mi llamado constituye un *insignificante error*. Usted mismo me ha enviado cartas destacando mi trabajo de agrimensura, mismo que no he tenido oportunidad de efectuar. En cuanto a Frieda entiendo yo que usted es lo suficientemente maduro para comprender que ella tomó la decisión de dejarlo para ser mi novia; no obstante ella me ha dejado a su vez. De modo que ¿sin resentimientos?

¹⁰¹ Al respecto planteo una gran duda acerca de la edad de Klamm pues si la mesonera, mujer ya de edad a la llegada de K., fue su amante, dice ella ha mucho más de veinte años, y también lo es Frieda, mujer joven, entonces éste debe ser un longevo señor que desde entonces no ha abandonado el poder.

- Debe estar confundido señor agrimensor, sepa usted que en este Castillo no soy el único llamado “Klamm”. Los hay con letra inicial “C” y con “K”, los hay con una “m” al final y los hay con dos y hasta tres. Lo que puedo hacer por usted es revisar mis expedientes para resolver si su caso está en mi jurisdicción; de ser así, lo elevaré a mis superiores para que estudien su caso y den una solución con prontitud.
- ¿Quién es su superior?
- El honorable ministro de asuntos agrarios, señor Sliner.
- ¿Puedo hablarle al señor ministro?
- Me temo que no es posible, en este momento se encuentra muy ocupado con sus funciones. No puede distraerse por cualquier asunto baladí. Yo le mandaré llamar cuando tenga algo de su asunto.

Y sería todo, K. jamás podrá resolver su caso pues la autoridad no existe para resolver. Así, ni podrá entrevistarse con el ministro ni con el conde West-West. Son terribles entonces las palabras de K.: “Porque, a decir verdad, no hablé todavía hasta ahora, directamente con ningún funcionario verdadero. Esto parece más difícil de lograr de lo que yo suponía.”¹⁰²

Así las palabras, “no hay nadie que pueda hablar con este Nadie ni protestar ante él”¹⁰³ se vuelven dura realidad. El anonimato y el secreto convierten el poder en algo oculto, algo privado. Mientras, la autoridad se contenta en decir: “En esta forma sustituye aquí siempre cada cual a su prójimo. Sin ello un movimiento tan grande sería inimaginable.”¹⁰⁴

Entonces todo emana del jefe real. Estamos frente al principio del jefe, donde “cada funcionario no es solamente nombrado por el jefe, sino que es su encarnación viviente y se supone que cada orden emana de esta fuente siempre presente.”¹⁰⁵ En *El castillo*, en todo se encuentra Klamm; es citado, respetado y venerado por aldeanos y funcionarios. Incluso en nombre de él se exige obediencia.

Con el anonimato en que viven los jefes reales y el secreto que utilizan para con los habitantes, sólo puede inspirar en estos o veneración o miedo. Un sentimiento basado en lo desconocido.

¹⁰² Franz Kafka, *El castillo...* pp. 107-8.

¹⁰³ Hannah Arendt. *¿Qué es la política?...* p.50.

¹⁰⁴ Franz Kafka, *América*, España, Alianza, 1995, p. 203.

¹⁰⁵ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 462.

En *El castillo* observamos cómo las decisiones de los jefes son incuestionables. La autoridad – que nunca puede cometer errores por ser autoridad – aparece como un dogma. Los jefes anónimos son dotados de una superioridad y excelencia que raya en la divinidad. Klamm entra en esta idea; lo que ordena es siempre correcto y justo, no hay posibilidad de equivocarse pues es Klamm.

Esta admiración está influida por la característica mencionada por Weber como la dedicación de tiempo completo que, al parecer, practican los funcionarios, al despachar incluso en la cama, así como el agobiante trabajo que tienen, imaginándolos sepultados entre pilas de documentos. Así encontramos “sacrificados” venerados.

Esta veneración implica la coparticipación del habitante en responderse su condición de no ser tratado como hombre y contentarse con tener los medios para seguir viviendo biológicamente. Tanta es la veneración hacia las autoridades, que incluso el ciudadano debe sacrificarse para evitar molestar a los jefes, quienes echan las bofes supuestamente por su trabajo. “Pero es una veneración descaminada, una veneración fuera de lugar; y semejante veneración acaba por envilecer su objeto.”¹⁰⁶ Y cuando no “lleváis innata vuestra veneración de la autoridad”¹⁰⁷ el temor a la misma la sustituye.

Si con la veneración, la autoridad se asegura una fidelidad y obediencia inspiradas por un enorme sentimiento de admiración por estar siempre cumpliendo con su deber sin jamás equivocarse, el miedo ya requiere algo inexistente en la veneración: la intimidación; la violencia en cualquier expresión. El miedo no requiere coparticipación, sino sumisión.

La veneración pura la encontramos en la mesonera de *El castillo*, quien siempre se refiere excitadamente de los jefes o autoridades. Entonces la frase: “Mi honor es mi lealtad”¹⁰⁸ bien podría haber sido dicha dentro de la obra kafkiana y no perdería contexto.

El miedo puro está, en cambio, en Olga, quien además de saberse en desgracia por el incumplimiento de su hermana Amalia a un capricho oficial, acepta su condición para sobrevivir. La violencia que se ejerce sobre Olga y su familia no es física, sino psicológica.

El miedo lo encontramos en Block, quien, en los diálogos que tiene, parece haber perdido algo de humanidad. Pareciese como si fuese un animal pequeño que busca desaparecer para retraerse del poder que se cierne sobre él.

¹⁰⁶ Franz Kafka, *El castillo*... pp. 225-6.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 223.

¹⁰⁸ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*...p. 406. Frase dicha por Himmler.

Otro miedo puro a la autoridad lo ejemplifica *Nuestra pequeña ciudad*, donde el Coronel, jefe de antaño e indiscutible de la ciudad, infunde tal miedo a sus ciudadanos, que apenas alguien se atreve a hacerle una petición; hasta los más valientes se acobardan en presentar su asunto.

En estos ejemplos, el miedo descansa en la violencia hacia la mente; ya sea privando al hombre de su condición social, ya también asegurándole un mal porvenir.

Esta violencia ejercida por la autoridad – y que es motivo de otro capítulo más adelante – tiene como esencia la intimidación, una forma acabada de la violencia en la modernidad en la que se suprime la fuerza física y se instala el control psicológico. Prueba de ello es cómo a Joseph K. y a K., durante el desarrollo de sus respectivas historias, se les intenta intimidar; a aquel negándole información referente a su proceso y con ello la oportunidad y derecho a defenderse; y a éste, haciéndole creer que estaba totalmente solo y que las pocas atenciones que tenían para él sólo eran *gratificaciones piadosas* que las autoridades se molestaban en darle.

En general, estamos frente una autoridad indiferente hacia la contraparte. Una autoridad deshumanizada cuya concepción del otro es nula y nos congela con expresiones como: “¿Y en quién hemos de pensar? ¿Quién más existe aquí?”¹⁰⁹

La pregunta entonces es inevitable: ¿Cuál es su función y sentido?

Función de la autoridad

A lo largo de las obras capitales de Kafka, hemos observado una tendencia de la autoridad: condena a los hombres a la labor y trabajo¹¹⁰. A la labor para permitirle hacerse de los medios para vivir biológicamente, y al trabajo para producir bienes útiles tanto para los habitantes como para la autoridad. Pero nada más, la acción no está permitida¹¹¹

¹⁰⁹ Franz Kafka, *El castillo...* p. 294.

¹¹⁰ Arendt entiende por labor “es la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano (...). La condición humana de la labor es la vida misma” *La condición humana* (p.35) y al trabajo como “la actividad que corresponde a lo no natural de la exigencia del hombre, que no está inmerso en el constantemente repetido ciclo vital de la especie, ni cuya mortalidad queda compensada por dicho ciclo. El trabajo proporciona un artificial mundo de cosas (...). La condición humana del trabajo es la mundanidad” (p.35)

¹¹¹ Al respecto, Arendt define la acción como “la única actividad que se da entre los hombres sin la mediación de cosas o materia, corresponde a la condición humana de la pluralidad, al hecho de que los hombres, no el Hombre, viven en la Tierra y habitan en el mundo.” *La condición humana* (p.35) Esta pluralidad, fundamento de la acción, es la condición de la política.

Se puede ser mesonero, zapatero, curtidor, mensajero, agrimensor, empleado de banco, cantinero, etc.; pero la acción les es vedada a los hombres. Como en *El castillo* y *El proceso*, es peligroso ser un hombre de acción, libre, pensante y afecto al discurso. De manera que la autoridad desea desembarazarse de este acto que implica espontaneidad, que escapa a su cálculo.

A esta negación de la acción a los hombres es inherente la anulación de la pluralidad. De manera que no sólo se niega a los hombres la única actitud que posee para ser algo más que un *animal laborans* u *homo faber*, sino que se le niega la posibilidad de encontrarse con sus semejantes en calidad de hombre. Entonces la pluralidad no tiene lugar. Cierto es que en la obra kafkiana, se reúnen los habitantes, pero sólo para trabajar o vivir en términos biológicos.

Del habitante despojado de la acción y pluralidad no se puede afirmar que sostenga una relación de iguales con la autoridad. Es una relación de subordinación total y no de poder y obediencia entre dos partes igualados por la pluralidad. Se llega a la relación que Arendt alude al decir que la política es reemplazada por la violencia; de forma que ya no es poder y obediencia, sino violencia y subordinación. Subordinación basada en el secreto.

¿Cómo cumple la autoridad su función de negar a los hombres? El medio que utiliza es la violencia contra la libertad, esencia de la política. Al hombre no se le da la libertad de ser hombre; y si la libertad inicia en la soledad con los pensamientos, entonces la autoridad ha de irrumpir en la esfera privada de cada hombre, invadiendo y vejando su intimidad.

No hay palabras mejores que ilustren la invasión de la intimidad como las que encontramos en *El castillo*:

En ninguna parte antes había visto K. tan entreverados a la autoridad y la vida, tan trenzados que a veces podía parecer que la autoridad y la vida hubiesen permutado sus sitios. ¡Qué significaba, por ejemplo, ese poder, hasta ahora meramente formal, que tenía Klamm sobre el servicio de K., comparado con el poder que Klamm ejercía, con toda efectividad, en la alcoba de K.!

¹¹²

El ataque a la libertad incluye el ataque al libre albedrío, contra la voluntad de las conciencias. Vemos cómo los protagonistas de las obras capitales se dirigen siempre acatando su conciencia. Por ello no es extraño que la autoridad sólo complique de propósito las demandas y solicitudes provenientes de las conciencias libres.

¹¹² Franz Kafka, *El castillo*... p. 74.

Descubrimos así las palabras conmovedoras que K. dirige al mesonero cuando este le plantea la posibilidad de vivir en el Castillo, donde habitan los jefes: “Yo quiero ser libre siempre.”¹¹³Evidentemente la relación con la autoridad resta libertad, pero no debe anularla como es el caso.

Por otro lado, el sentido de la autoridad es perpetuarse en el mando. Esto pues la autoridad siempre ha de evitar cambios en su funcionamiento, apoyado en su actitud de tener todo calculado. Por tal, para los habitantes:

Era necesario resignarse y comprender que aquel enorme aparato de justicia resultaba probablemente eterno en sus contradicciones y que si uno tenía la pretensión de cambiar algo por su propia iniciativa, sería como si el suelo huyese bajo sus pies, abocándose a precipitarse en el vacío, en tanto que la enorme organización podía, sujetándose a su método, encontrar una pieza de recambio y equilibrarse como antes, a menos que – y era lo más seguro – se robusteciera y resultase, más enérgica y más perjudicial.¹¹⁴

Así, la autoridad se entrega a “la tentación más específica de ejercer poder sobre un amplio círculo de seres humanos, ya sometidos o predispuestos a la sumisión, mediante un esquema de posiciones y jerarquías.”¹¹⁵

El orden jurídico supuesto

En los escritos de Kafka, no se tiene la certeza de que exista una ley. De su versión escrita no se tiene referencia pues nadie puede asegurar que éstas hayan sido redactadas y promulgadas; y si la hay escrita, nadie lo sabe con seguridad pues cualquiera que sea su existencia, la ley en la obra de Kafka es monopolizada por la autoridad que gobierna. Así que la ley no tiene relevancia si es escrita o no, así se habla de ella indistintamente.

Sea quizá en el pequeño cuento, *Sobre la cuestión de las leyes* donde se hable del tema de forma concreta: “Nuestras leyes, por desgracia, no son conocidas por todos; son un secreto de un grupo pequeño de aristócratas que nos domina.”¹¹⁶ De forma que la ley y esas normas generales que menciona Weber se tornan algo secreto.

En *El proceso* y *El castillo*, la situación es comprensible mas nunca aceptable, pues si la autoridad es anónima, la ley entonces debe ser secreta. De forma que K. no

¹¹³ Franz Kafka, *El castillo*... p. 14.

¹¹⁴ Franz Kafka, *El proceso*... pp. 152-3.

¹¹⁵ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 95.

¹¹⁶ Franz Kafka, *Cuentos Completos*... p. 485.

accede a las autoridades como Joseph K. tampoco a la ley que le juzga. “Yo desconozco esa ley,” – dice éste cuando se empeña en saber quién y por qué lo detienen. – “Mucho peor para usted” – le responde un agente –, “admite su ignorancia de la ley, pero al mismo tiempo asegura que es inocente”¹¹⁷.

La cita nos invita a pensar en cómo se puede acusar a alguien de ignorar la ley si esa ley es un total secreto además de privada, propiedad de una clase. Esta ley privada se perfila al servicio de la autoridad.

Cuando Joseph K. es notificado de su arresto, se le exige cumpla la ley y lo arraijan en su dormitorio hasta que llegue el momento de presentarse ante el inspector, figura jerárquica superior a los agentes. Así lo hace y cumple la ley. Cuando le cita la audiencia que revisará su caso, acude sin imaginar que poco después la abandonaría por encontrarla absurda. Cumple nuevamente la ley. Pero a su vez, se le niega el derecho de saber quién lo acusa, de qué delito, y toda información relacionada. La ley, a juzgar por la conducción de las autoridades, no marca ese tipo de derechos. Es decir, la ley marca obligaciones mas no concede derechos.

El ciudadano desconoce la ley. Joseph K. no sabe explicarse la existencia de dibujos pornográficos en las hojas de los libros del juez que lo interrogó en la audiencia única a la que acudió, así como de los libros ajenos a la materia judicial como la novela *Los suplicios que tuvo que sufrir Grete de su marido Hans*.

K., por otro lado, se indigna cuando Momus le compele a cumplir el interrogatorio que la ley, dicen, marca, y a su vez se le niega el derecho de audiencia con algún jefe del Castillo. Se niega al interrogatorio pues la ley le es privada, afrentosa y versátil al no garantizar derechos; derechos que cree deban cumplirse por obligación de las autoridades, no como piadosos regalos para los ciudadanos.

La ley refleja el comportamiento de la autoridad; y es consecuencia que si la autoridad niega derechos, esto lo hará notar por medio de la ley a la cual sólo ellos tienen acceso por ser su creador.

Y por si no fuera evidente, al no marcar derechos esta ley para los ciudadanos, encontramos que la autoridad está al margen de la ley. No existe un código que reglamente la forma de conducirse la autoridad. Por ello el agente que arresta a Joseph K. responde ofendido cuando éste le presenta su identificación y exige la propia a aquel: “¡Es usted difícil de hacer entrar en razón! Se diría que se empeña en irritarnos inútilmente a nosotros, que somos seguramente ahora las personas más adictas a usted.”¹¹⁸ Ante la exigencia del cumplimiento de lo que se cree un

¹¹⁷ Franz Kafka, *El proceso...* p. 18.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 17.

derecho, la respuesta es un exhorto a entrar en razón, como si los derechos fuera de botarates; además de que se busca confundir la razón al declarar falsamente que son las personas más adictas a él. Así, sólo se ven actos arbitrarios de la autoridada.

Los regímenes totalitaristas comparten la peculiaridad de mantener en secreto la ley que rige. Arendt anota “que los mismo nazis no mostraban preocupación alguna por su propia legislación”¹¹⁹; es decir, de ellos mismos no podía esperarse una obediencia a las leyes escritas. “En la práctica (...), ya no se hacían públicos cierto número de reglamentos válidos”.¹²⁰ Se afirmaba que era innecesario publicar la ley si esta respondía a la ética y conciencia de las personas.

En Kafka, si existían esas leyes se trataba de “un simple juego de la razón pues es posible que esas leyes que intentamos adivinar no existan en absoluto.”¹²¹ Y así como en los regímenes totalitaristas “no sólo se encuentra la organización más allá del umbral de la ley, sino que, más bien, es la emanación de la ley y su respetabilidad queda por encima de toda sospecha”,¹²² la autoridad, en Kafka, se encuentra por encima de la ley pues ésta es su propiedad, su secreto.

Dentro de esta monopolización de la ley, es necesario cuestionarse sobre la interpretación de la ley. Se tiene la idea de que la autoridad interpreta y aplica la ley a su entera conveniencia; pero debe quedar claro que el problema no reside en ello. Dos son las características que desmienten un problema de interpretación:

- 1) Monopolización de la ley. La ley es un secreto acaparado por un sector de la población, en este caso la autoridad; y precisamente por ser un secreto, no se tiene certeza de su existencia. Bien podría ser que la ley fuese un supuesto. Nadie puede asegurar ni desmentir esto.

Se presenta la duda de cómo interpretar algo cuya existencia está en entredicho. Si la ley fuese un supuesto, no haría falta interpretarla, sería suficiente con presentarla con la forma que la autoridad desease para resolver el caso específico. Otra ocasión podría la ley tomar una forma opuesta, bastaría con presentarla y argüir una reforma; a fin de todo, todo es un secreto. Más que interpretación, el problema es la improvisación de la ley; una derivación del secreto.

- 2) La ley ha sido promulgada en secreto – en el supuesto de que exista y no sea un juego de razón – siempre a favor de la autoridad. De forma

¹¹⁹ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 484.

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 485.

¹²¹ Franz Kafka, *Cuentos completos...* p. 486.

¹²² Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...*p. 523.

que ésta nada tiene que interpretar pues todo está claramente a su disposición. No tiene pues la necesidad de tergiversar la ley pues siempre la autoridad habrá de encontrarse al margen de ella. Basta con aplicarla.

Cualquiera de los dos supuestos está bajo secreto.

Bajo este secreto se observa la ley de distintas maneras: “Yo desconozco esa ley”,¹²³ afirma Joseph K., y la autoridad, como en los regímenes totalitaristas, “concibe la ley como estrategia de gobierno: las personas no son juzgadas por infracciones específicas de la ley sino por no vivir de acuerdo con los ideales del régimen.”¹²⁴ Esto explica por qué Joseph K., nunca conoció el delito que se le imputaba, el cual tanto él como el lector, supone una falta específica a una ley; sin embargo, su culpa proviene de no aceptar el secreto ni la improvisación como el resto de los habitantes, es decir, contrariar a la autoridad, no hacerse pequeño ante el poder.

La improvisación de la ley y el estar exento de cumplirla, son de suma importancia para explicarse la forma en que la autoridad logra neutralizar la acción de los hombres que buscan la libertad. Por ejemplo, Joseph K. no encuentra el camino para defenderse si le es ajena la ley, termina doblegándose y se deja absorber por el proceso y resignadamente acepta su pena de muerte. En *Sobre la cuestión de las leyes*, la ley es un instrumento al servicio de la aristocracia, quienes no vacilan en utilizarla para dominar y perpetuarse en el poder.

Así aparece la utilidad de la ley, una utilidad como instrumento: es utilizada para asegurarse el mando, para prolongar el dominio, para evitar cambios en el sistema y anular la oposición. Es por ello que la autoridad no tiene necesidad de especializarse pues estará siempre bien asida al mando. Esto se logrará en la medida proporcional en que hagan del secreto de la ley una costumbre guardada por los habitantes.

Y así se logra. Recordemos a los aldeanos del Castillo habituados al secreto; a los procesados al igual que Joseph K. acostumbrados al secreto. Y a pesar de que “es algo molesto ser regido por leyes que no se conocen”¹²⁵, el secreto es aceptado universalmente como ley.

La esencia del secreto de la ley

Estamos ante dos cosas distintas: lo que la ley establece por un lado; y por otro lo que yo he llegado a conocer por propia experiencia. Es muy importante que no lo mezcle usted. Por supuesto nadie ha leído en ninguna ley,

¹²³ Franz Kafka, *El proceso*...p. 18.

¹²⁴ Bernard Crick, *op. cit.*, p. 166.

¹²⁵ Franz Kafka, *Cuentos completos*... p. 485.

aunque naturalmente tiene que estar en ella establecido, que el inocente debe ser absuelto, y claro está que no se dice que se pueda influir sobre los jueces por medio de amistades o recomendaciones. Pero no obstante he podido comprobar por experiencia que sucede precisamente todo lo contrario.¹²⁶

Son palabras que dirige el pintor Titorelli a Joseph K. a propósito de la ley que impera.

Se parte del supuesto de la existencia de alguna ley escrita – “por supuesto, nadie ha leído en ninguna ley, aunque naturalmente tiene que estar en ella establecido” – cuya aplicación en el caso por caso suele ser opuesta. Debemos hablar pues del problema de generalidad y particularidad de la ley que José Rafael Hernández Arias plantea.

“La ley es, por esencia, general; ella supone la supresión del privilegio. No obstante (...) se afirma la perpetuidad de la Ley y el sometimiento de la normatividad a la excepción.”¹²⁷ Así encontramos un doble discurso por parte de la autoridad: lo que la Ley establece (generalidad) y lo que en la práctica se aplica (particularidad). En aquella reside el secreto de la Ley pues se dice que en alguna ley así debe estar escrito, pero nadie afirma en qué parte. En la particularidad, en el caso por caso, reside la improvisación de la ley. Lo desesperante aparece cuando se comprende que la generalidad y la particularidad no se corresponden; son las más de las veces opuestas: se puede afirmar una ley y negarla en su aplicación. Por ello Hernández Arias le llama *someter la norma a la excepción*.

La autoridad se empeña en ocultar la generalidad de la ley para hacerla no universalmente conocida, y en la aplicación a un caso específico, ejecuta una ley que afirma siempre ha sido de tal forma (desde luego la que más le convenga), de manera que es una ley que casualmente es contraria a la suposición que se desprende de la generalidad de la misma. La autoridad echa mano del secreto en que ubica la ley para imponer la aplicación más acorde a sus intereses en cada caso.

Revisemos un ejemplo claro: *Ante la ley*.

A sabiendas de llamarse el cuento *Ante la ley*, no se esclarece nada de ésta. Y es así porque – lo repito – la ley es secreta, nada se sabe de ella salvo el conflicto situado entre generalidad y particularidad.

¹²⁶ Franz Kafka, *El proceso...* p. 192.

¹²⁷ Franz Kafka, *Cuentos completos...* pp. 33-4.

El hombre que desea acceder a la ley, una vez que se le ha negado por el guardián, figura de autoridad, piensa que “la Ley debe ser accesible a todos y en todo momento”¹²⁸. Se parte de esta generalidad, que como todos, es una suposición pues nadie conoce en qué parte de la ley está estipulado esto. El hombre piensa en ello como cualquier conjetura; y es de gran interés que el autor haya puesto esta suposición en boca del hombre y no la haya escrito como afirmación del narrador, pues sólo así puede hablarse de algo supuesto.

El guardián niega la entrada al hombre toda su vida; pero tampoco le compele a retirarse para regresar después, de forma que el hombre del campo se instala para esperar. Al final, se revela la particularidad de la ley, justo cuando está muriendo el hombre: “Ningún otro podía haber recibido permiso para entrar por esta puerta, pues esta entrada estaba reservada sólo para ti.”¹²⁹ Esto es, y es único este pasaje en toda la obra kafkiana, la revelación del secreto de la ley por parte de la autoridad.

Pudiera ser cierto o no, quizá un paroxismo de crueldad del guardián por hacer sentir más miserable al agonizante hombre, pero dicha revelación pone al descubierto la generalidad que supone el hombre al llegar ante la ley y la particularidad que el guardián aplica. De modo que el hombre hubiese podido acceder muy a pesar de la prohibición del guardián; he aquí el absurdo que guarda generalidad y particularidad.

¿Por qué entonces, el guardián niega la entrada al hombre si la puerta era para que sólo él pasase? Y mejor todavía, ¿por qué el guardián revela el secreto a vísperas de la muerte de aquel? ¿Hubiese tenido ánimos de revelar el secreto si el hombre hubiera dispuesto marcharse para no regresar? ¿Por qué tiene lugar la revelación en el momento en que el hombre está imposibilitado físicamente para entrar a la ley?

Se piensa que nunca el hombre, así hubiese vivido el doble de años, sería autorizado para trasponer la puerta de este primer guardián. Y aún moribundo, no se le da explícita autorización para entrar, el guardián se da a ejercer violencia despiadada sobre el hombre, diciéndole “esta entrada estaba reservada sólo para ti”. Y con la frase “yo me voy ahora y cierro la puerta”,¹³⁰ se da por cumplida la misión del guardián. ¿Cuál? La de mantener el secreto lo más posible y no ahorrar sufrimiento ninguno.

¹²⁸ Franz Kafka, *Cuentos completos...* pp. 237-8.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 239.

¹³⁰ *Ídem.*

Esta revelación final del secreto, que no es más que un acto de violencia despiadada, equivale a que a Joseph K., momentos antes de ser ejecutado, se le dijera por conducto de sus verdugos que para ser absuelto hubiese bastado declararos su inocencia, entonces él pensaría con justa razón: “¡Como un perro! – cual si la vergüenza debiera sobrevivirle.¹³¹” Una vergüenza equiparable tanto a haberse entregado y sumergido en tan desesperante situación y aceptado la muerte como salida al dolor, como a haber aguantado pacientemente toda su vida en espera de una autorización para acceder a la ley.

Ahora la cuestión es saber cómo es que esta ley puede sobrevivir beneficiando a una sola clase.

Lasalle señala un escenario en que no existe ninguna ley escrita. ¿Cómo hacer otra ley, y sobre todo, quiénes debe influir en ésta? Para ello recurre a la influencia de lo que llama factores reales de poder. Pues bien, el factor real de poder en la obra de Kafka es la autoridad exclusivamente.

El dicho que afirma que “el Coronel firme mantiene en las manos extendidas hacia adelante dos largas cañas de bambú. Es una vieja costumbre que significa: así él apoya a la ley y ésta le apoya a él”¹³², demuestra ese vicio en que un sólo factor de poder erija una ley; una ley secreta que de inicio le favorece en todo y de la cual está exento a apearse. Por si no fuese suficiente, exhibe la ley como fuente de su mando al pregonar que ellos – la autoridad – respetan la ley y que lo que ellos efectúan es porque la ley les autoriza a ello.

El punto es entonces hacer del secreto una costumbre generalmente aceptada. Esta ley se mantendrá en manos únicas de la autoridad en la proporcional medida en que aquella sea aceptada por los individuos como algo oculto y perteneciente a sus autoridades; tal y como sucede en *Nuestra pequeña ciudad*.

Los aldeanos de *El castillo*, verbigracia, están habituados al comportamiento de la autoridad y aceptan el secreto de la ley. En *El proceso* se habla de la imposibilidad de defenderse un acusado a razón del secreto en que se encuentra la ley; en vez de combatir para sacar la ley a la luz, los defensores y defendidos se limitan a suponer y realizar conjeturas. Es fundamental que en *El proceso* no sólo la ley esté oculta, sino cuestiones también como la definición de un delincuente, pues Joseph K. desconoce el delito que se le imputa. No olvidemos la preocupación de Arendt por definir a un delincuente, pues los conceptos son manipulables.

¹³¹ Franz Kafka, *El proceso*...p. 281.

¹³² Franz Kafka. *Cuentos completos*... p. 481.

Capítulo II

Sociedad e individuo en Kafka

¡Pero qué pueblo es éste! ¿Son capaces de pensar o
simplemente se arrastran sin sentido
sobre la faz de la tierra?
El piloto

La identidad en Kafka

La política no se entiende sin hombres libres, son protagonistas de ésta y requieren de un espacio donde reunirse y aparecer. Estos hombres libres conforman lo que podemos llamar pluralidad, es decir hombres diferentes.

Acostumbramos a escuchar que todos los hombres somos iguales; sin embargo, sólo podemos hablar de una igualación en relación a los derechos, obligaciones y oportunidades de un hombre con respecto a otro. Mas hablar de una igualación entre los hombres, que rebase las tres anteriores características, es peligroso. La igualación se limita en el sentido de que a todos nos pertenece la condición humana.

El hombre es diferente a cualquier otro ser en su respectiva intimidad. Aquellas características que diferencia uno del otro lo denominamos comúnmente identidad; y puntualmente esas características son la acción y el discurso; herramientas de la política.

Es oportuno aclarar que la identidad, al ser motivo de diferenciación entre hombres libres, no es factor para evitar o inhibir la convivencia social argumentando la inexistencia de lazos de unión entre los hombres. Más bien, podemos hablar entonces de dos identidades propiamente dicho.

Una es el conjunto de las características que el hombre presenta cómo ser único e irrepetible, es decir, las mencionadas acción y discurso; y la otra es aquel conjunto de características que crean y sostienen una unión de hombres que integran una comunidad.

De forma que se habla de identidades común – compartida con otros hombres iguales – y personal – íntima y refiriéndonos al hombre como individuo y no como ser aislado –.

Ambas identidades son esenciales para la existencia no biológica en este mundo, nuestro espacio de aparición. “El hombre es animal político, es decir, sociable por naturaleza”¹³³; necesita vivir en comunidad, identificarse con otros seres. Sin embargo – y esto no contradice en nada lo antes dicho – tampoco se entiende una vida si todos los hombres fuesen iguales en su actuar y discurso; sencillamente si así fuera no habría necesidad de acción y lenguaje: todos seríamos la misma persona. El hombre necesita saberse diferente a los demás en su individualidad.

¹³³ Aristóteles, *op. cit.*, p. 57.

Estas identidades propias de la condición humana las localizamos en Kafka en su versión negativa.

A lo largo de la obra kafkiana, tanto identidad común como personal son atacadas por la figura de la autoridad, provocando en el individuo dos fenómenos que han de sumergirlo – y así entonces Kafka retrata al hombre en la modernidad – en la más negra desesperanza: el desarraigo y la alienación; fuente de la *ruptura y permanente desasosiego* que encontramos en su tiempo.

Ambos problemas corresponden a cada una de las identidades; es decir, en el desarraigo observamos la imposibilidad de la existencia de la identidad común como en la alienación la nulidad de la identidad personal.

Estos problemas del hombre en la modernidad deben considerarse como graves pues a ellos les son inherentes el fin de la pluralidad, acción y discurso; es decir, de la política.

Desarraigo

La identidad común tiene como esencia el reconocimiento y la aceptación del individuo dentro de un grupo social. En el reconocimiento el hombre es dotado de esa condición humana que nos permite actuar, se le reconoce como un semejante con derechos y obligaciones; es decir, uno más, sin privilegios ni privaciones. A continuación, con la aceptación se presenta el cobijo del individuo por su comunidad, con quien habrá de compartir rasgos culturales, garantizándole el respeto a su individualidad. Esta identidad requiere de ciertos valores para tener lugar y perdurar, entendiendo como valor “las características por las que un objeto o situación es término de una actitud favorable”¹³⁴.

El más alto valor se halla escrito en la novela *América*. En ella observamos el respeto que el recién llegado a América, Karl Rossmann, le guarda a su tío Jacob, el senador, como si tuviese largo tiempo de conocerle. Incluso Karl desiste de su deber moral de proteger al fogonero por la consideración que debe a su inédito pariente.

Quizá su historia tenga mayor sentido si recordamos que Karl fue arrancado de su patria por un problema personal y se ve obligado a buscar el reconocimiento y aceptación de un lugar desconocido. Los encuentra en su tío y el respeto que le profesa definirá el grado de aceptación que reciba de su pariente.

¹³⁴ Luis Villoro, *El poder y el valor: fundamentos de una ética política*. México, CFE-El Colegio Nacional, 1997, p. 13.

Una vez que Karl, por razones no del todo justificadas, cae en desgracia por encontrarse despojado de la protección de su influyente tío, se ve nuevamente en la necesidad de hacerse aceptar en otra comunidad. Es aceptado por Robinsón y Delamarche, y su paso por este círculo destacará otros dos valores fundamentales de la identidad común: solidaridad y lealtad.

Karl se solidariza con sus nuevos acompañantes en su viaje en busca de trabajo, y a petición de estos vende su traje para obtener algún recurso para el viaje. Karl comparte sus precarias propiedades aunque siempre con justificada desconfianza.

El respeto en una comunidad es quizá el valor más indispensable; sin él no puede pensarse en una aceptación – y la consecuente tolerancia a diferencias – y mucho menos el reconocimiento público; y es precisamente en el respeto en que fallan Robinsón y Delamarche para con Karl. Le faltan tanto a su persona como a sus bienes materiales, y así, sin respeto, sin percibir el valor de preservar la individualidad o intimidad del otro, la aceptación mutua se hace imposible y, una vez más, viene la ruptura.

Con lo anterior busco aclarar que el desarraigo es el fracaso de los valores que permiten la identidad común, y por eso mismo, no es posible el reconocimiento y aceptación del hombre que intenta vivir en comunidad.

Durkheim habla acerca de la relación entre el individuo y la sociedad, donde “el grado de desintegración de los grupos sociales de que forma parte el individuo”¹³⁵, determinan el grado de dependencia hacia ellos y por ende, su pertenencia. Estos grupos son las sociedades religiosa, doméstica y política.

En Kafka podemos observar, principalmente, las sociedades doméstica y política. Con K., la sociedad doméstica se compone de su novia Frieda y los dos ayudantes que, no se sabe cómo, le fueron asignados; y la sociedad política se compone del conjunto de habitantes que habita la aldea y las autoridades que residen en el casti- llo y en el mesón señorial.

Por otro lado, Joseph K. cuenta con una sociedad doméstica más reducida que se refiere a la señora Grubach, quien le alquila el cuarto donde vive y la señorita Burstner, vecina del alquiler. La sociedad política está determinada por la relación con los colegas del banco donde trabaja y con el trato de las personas que se encuentran en los tribunales.

Finalmente, Karl Rossmann cuenta con una sociedad doméstica que se ve materializada, primero con su tío, después con Robinsón y Delamarche, el Hotel Occidental

¹³⁵ Émile Durkheim, *El suicidio*, México, Colofón, 2013, segunda edición, p. 204.

y posteriormente con el Gran Teatro de Oklahoma. Las relaciones que se sostienen con el portero del Hotel Occidental y Brunelda son las que definen la esfera política.

Estos grupos a los que pertenece – o aspira a pertenecer el protagonista –, conforme avanza la historia, se van debilitando o permanecen en un estancamiento total. Así observamos cómo K. se ve forzado a despedir a sus ayudantes casi al mismo tiempo en que Frieda lo abandona para hacerse amante de un ayudante; sabida es también la casi nula relación que tiene con las autoridades, lo que desarrolla frustración y un desapego a la sociedad política.

Vemos a un Joseph K. que se ve afectado por el proceso que lleva con la señora Grubach y la señorita Burstner, así como en su relación con los colegas del banco. Lo que constituye la sociedad política se esfuma, pareciera que desaparece sin dejar rastro con la confusión si realmente estuvo. Joseph K. nunca conoce a una sola persona que pueda darle confianza sobre su proceso.

Karl Rossmann sufre afectaciones por el debilitamiento de las esferas mencionadas; su tío lo echa, abandona a Delamarche y Robinsón, lo despiden del Hotel Occidental como ladrón; el portero de este hotel y Brunelda son seres autoritarios quienes buscan su propio beneficio exclusivamente.

Estas sociedades y el individuo van tomando distancia, al grado de que el protagonista se siente ajeno a ellas e inspiran pensamientos como “¿Qué tengo en común con los judíos? Apenas tengo algo común conmigo y debería quedarme completamente quieto en un rincón, contento de poder respirar”.¹³⁶

Este debilitamiento de los grupos a que Durkheim hace alusión encuentra diversas respuestas en los héroes kafkianos. K., a pesar de sentirse desligado de esas sociedades, jamás se desliga del sentido de la vida, continúa luchando; Joseph K, en cambio, sí sucumbe y se deja llevar a su muerte; Rossmann tiene más suerte y encuentra una comunidad donde es aceptado.

Lo cierto es que estos problemas dentro de los grupos que encuentra cada protagonista, en los héroes de Kafka originan un sentimiento de no pertenencia, de profundo desarraigo.

El desarraigo, es decir, la negación de la pertenencia a una comunidad que lleva inherente la falta de reconocimiento, en Kafka es un problema más profundo de lo que se piensa, pues el individuo es apartado de sus orígenes, de la comunidad que le había ofrecido su aceptación y reconocimiento público, y es insertado en una estéril lucha por pertenecer a otra ajena y totalmente desconocida para él. Así, los

¹³⁶ Franz Kafka, *Diarios...* p. 334.

éxodos de Karl y K. se muestran como la de los judíos que deben abandonar su hogar e insertarse en una nueva comunidad a veces hostil durante la Segunda Guerra Mundial.

Otras ejemplificaciones las encontramos en *El castillo* y en *Josefina, la cantora, o el pueblo de los ratones*. En aquel, K. se encuentra lejos de su lugar de origen, de su raíz; es un individuo que viaja lejos de su hogar y brega para ser un miembro más de la aldea. En el segundo texto, el narrador, quien pertenece al ratonil pueblo, se siente distanciado de la comunidad a la que pertenece. No guarda identidad con el resto; sin embargo, se incluye cuando habla de su pueblo. En este caso, el personaje no está lejos (al menos físicamente) de sus orígenes; más bien, no existen características necesarias para identificarse con el pueblo. La identificación es superficial pues todos guardan la semejanza ratonil, pero es todo.

En ambas situaciones el desarraigo tiene lugar pues no se presenta el reconocimiento ni la aceptación, siendo en el último cuento citado que el mismo narrador no reconoce ni acepta plenamente a su comunidad. Este desarraigo orilla al individuo o bien a iniciar una lucha por pertenecer como en K., o bien a desarrollar en el individuo un estado intermedio entre rechazo y aceptación que es la indiferencia, y bajo el cual, transcurre la vida del individuo de una forma monótona y aislada como sucede con el narrador de *Josefina*.

La lucha por ser aceptado es magníficamente trazada con la vida de K. Desde el momento de su llegada al Castillo y su estancia en el mesón, inicia un esfuerzo constante por ser reconocido como ser humano que se gana la vida como agrimensor. Recordemos la plática que sostiene con el alcalde, quien “nunca llega a reconocer la legitimidad de las pretensiones de K., y “sabemos por lo menos desde Hegel que lo único esencial para el animal humano es el reconocimiento”.¹³⁷

Durante su vivencia en la aldea, K. cree merecer lo que su condición humana le dicta: respeto, lealtad, solidaridad y obediencia. Y aquí esta última es novedad: K., propiamente, nunca tuvo poder, pues este reside en la obediencia, y a K. sólo le obedecían sus dos ayudantes personales pero en lo que a estos les placía. Así, el poder requiere antes que obediencia, identidad con quienes nos rodean; objetivo que K. no logró.

K. no logra el reconocimiento de la comunidad pues las autoridades se empeñaban en reflejar su presencia como un error del que nadie podía asegurar era un error. El reconocimiento jamás tiene lugar por parte de los habitantes, salvo Olga y esto gracias a compartir desgracia, pues a juicio de los aldeanos K. era un obstinado que

¹³⁷ Roberto Calasso, *op. cit.*, p. 15.

buscaba importunar a las autoridades y a quien nada le parecía correcto. Y no puede ser de otra forma; al hallarse lejos de su raíz, ¿cómo no confiar en su única posesión, su juicio? K. sí que actuaba y utilizaba el discurso; esas facultades que la autoridad no podía combatir sino con indiferencia.

Y si no existe reconocimiento mucho menos aceptación. K. jamás formó parte de la comunidad. Hay una versión difundida por Brod, albacea de Kafka, que dicta que en una plática sostenida entre ambos, éste comentó que K. a vísperas de su muerte recibe un comunicado en que la autoridad reconocía a K. Fuera así esto, se da cuando la vida biológica no nos alcanza y más parece una estrategia para atormentar la agonizante alma, tal y como sucede con el hombre del campo de *Ante la ley*.

La historia de Karl es menos terrorífica que la de K. La de Karl es dominada también por una constante peregrinación por pertenecer a una comunidad. Después del fogonero, su tío y dos aparentes amigos (Robinsón y Delamarche), Karl encuentra sosiego en el Hotel Occidental, donde encuentra una compatriota que le protege. Por cuestión de intrigas, se ve obligado a huir del Hotel y asentarse con sus antiguos amigos quienes vivían a costa y para servicio de un personaje grotesco y repulsivo como lo es Brunelda.

Este es un punto crucial. Es donde debe hablarse de la libertad como algo inherente a la identidad. La libertad sólo podrá ser ejercida cuando el reconocimiento tiene lugar; cuando se reconocen, mas nunca conceden, al otro, derechos y obligaciones.

Cuando hay en vez de reconocimiento indiferencia, la libertad no puede ejercerse pues para qué sirve si el individuo es ignorado. Recordemos el pasaje en *El castillo* donde K. aguarda a las afueras del Mesón Señorial a Klamm. Se entiende que K. tiene libertad de permanecer a las afueras; pero también se sabe que las autoridades deciden ignorarlo, por ello se lee: “no había, al mismo tiempo, nada más absurdo, nada más desesperado que esa libertad, esa espera, esa inmunidad.”¹³⁸

Dentro del estudio de Durkheim encontramos que si bien el individuo depende de la relación que tenga con su sociedad, también depende “del modo como ella [la sociedad] los reglamenta”; el individuo reconoce que “su actividad [de la sociedad] está desorganizada y por esta razón sufren”¹³⁹. Esta descripción del suicida anómico se relaciona con la situación de K., pues lo que lo aflige es la forma en cómo la sociedad del castillo está organizada y cómo esto le afecta. Si bien K. no es un suicida es perceptible su desilusión pues “perseguir un fin inaccesible por hipótesis es

¹³⁸ Franz Kafka, *El castillo*... p. 132.

¹³⁹ Émile Durkheim, *op. cit.*, p 261.

condenarse a un perpetuo estado de descontento”¹⁴⁰; sin embargo, K. no deja de luchar, de *perseguir lo inaccesible* sin renunciar a sus valores; por ello Arendt le llama *el hombre de buena voluntad*.

Sin embargo, a pesar de esta *buena voluntad*, hablamos de la imposibilidad de la libertad por no encontrar reconocimiento en la comunidad. Ignorar y permitir a un individuo hacer lo que le plazca sin reconocerle derechos, a cambio de anular sus obligaciones, no es libertad. Por supuesto que *El castillo* es la máxima expresión de la indiferencia y absurdo de la libertad.

Sólo en una obra kafkiana el desarraigo logra contrarrestarse, y es en la parte final de *América*, donde Karl se integra al Gran Teatro Oklahoma. En él, el protagonista incluso vuelve a ver a sus padres. No obstante, es destacable que Kafka presenta reconocimiento y aceptación solamente dable en un ambiente dominado por la fantasía; como si la identidad común constituyera una utopía.

Alienación

La esencia de la identidad personal es la sensación de que individualmente nos regimos por nuestro libre albedrío. Son por la acción y discurso libres por lo que nos pertenecemos.

El sentido de la identidad personal es la posibilidad de la intimidad; de sabernos no sólo inmersos y pertenecientes a una comunidad, sino el de ser independientes a los demás, diferentes y únicos; de ser capaces de ejercer acción y discurso – en un espacio público – que tienen origen en la libertad y la intimidad. Esta intimidad es la esfera privada del individuo, donde nacen los pensamientos y las libertades.

Intimidad no es aislamiento; la primera es la pertenencia inherente de cada hombre y no reñida con la condición social, con la cual se complementan tanto esfera privada y pública; y la segunda es una condición social en la que el individuo renuncia a todo contacto con otros individuos y decide retraerse a una única esfera: la privada. Siendo así el aislamiento paroxismo de la intimidad.

Y justo la alienación da al traste con la identidad personal. Precisamente la alienación consiste en no pertenecerle al hombre su intimidad, libertad, acción y discurso, razones sólo por las cuales puede acceder a ser un hombre diferente y único con respecto a los demás individuos. Estas características pasan a ser dictadas y vigiladas por la autoridad. Es esto lo que encontramos en la obra de Kafka: un individuo sin dominio sobre sí mismo, sin capacidad de discurso y acción libre, sin intimidad. Pasa de ser libre a autómatas.

¹⁴⁰ Émile Durkheim, *op. cit.*, p. 249.

El hombre viene a aparecer como una especie de asimilado a quien se orilló a abandonar sus orígenes y entregarse por completo y sin reserva a una imposición. Su acción y discurso cesará pues pensamiento ha sido invadido. Y aún, deberá integrarse a una sociedad igual de asimilados. Es decir, si se había comentado la importancia de acción y discurso para diferenciar a hombres iguales, aquí ya no es necesario ni acción ni discurso pues todos son uno solo. El individuo pertenece a una sola masa homogénea; aquí la comunidad es una unidad.

Esta negación de la “dignidad de la acción humana¹⁴¹”, es la que se observa en las sociedades totalitarias, donde en Alemania surgió “el tipo de hombre que en ninguna circunstancia hará una cosa por su propio interés.”¹⁴² Es decir, se elimina la acción, la espontaneidad humana; tal y como observamos al habitante de *El castillo*, quien se contenta tan sólo con sobrevivir.

El hombre libre dejará de serlo para limitarse a ser un *animal laborans*. Bien se supondrá que la castración es máxima pues la autoridad decidirá sobre las vidas privadas de los individuos, quienes no se pertenecen ni en intimidad ni en comunidad, y sólo se limitarán a obedecer.

Esta dominación total en la que se hallan los hombres en los regímenes totalitarios que “no permite la libre iniciativa en ningún campo de la vida en ninguna actividad que no sea enteramente previsible”¹⁴³ constituye una violación a lo que Simmel llama “propiedad espiritual privada¹⁴⁴”, es decir, aquello que es totalmente nuestro, que exclusivamente responde a nuestra voluntad, ligada en pocas palabras, a nuestra intimidad.

El hombre ante el fenómeno del desarraigo y la alienación, reacciona de diversas formas.

Aislamiento y hermetismo

Como mencionaba Durkheim, si una individuación insuficiente es nociva, una individuación excesiva lo es en la misma medida. En este caso, el hombre en Kafka reacciona con esta última, renuncia a la esfera social y se encierra en sí mismo.

¹⁴¹ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 54.

¹⁴² *Ibid.*, p. 404.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 422. (Recordando que en Kafka, la ejecución más explícita del arte la encontramos en el pintor Titorelli, hasta éste tiene limitada su actividad a algunos paisajes y retratos de jueces, dictados por la autoridad).

¹⁴⁴ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 46.

La guarida es el cuento del aislamiento y hermetismo por excelencia. Este texto nos adentra en la intimidad del hombre alienado cuya única compañía es la soledad y su libertad se limita a lo que existe dentro de su hermetismo total.

Retomando el secreto bajo el cual se desenvuelve la autoridad, el mismo se extiende al resto de la población. El habitante desea pasar inadvertido, desea ser pequeño o invisible, retraerse en su totalidad ante la autoridad y cualquier otro individuo, y “cuando el secreto se refiere al ser, hacer y haber de un individuo, su significación sociológica es el aislamiento, la oposición y la individualización egoísta.”¹⁴⁵

También, a su vez, la falta de acción provoca que el hombre, por un lado, decida abstenerse de vivir en comunidad y así faltar a su condición social: y por otro lado aferrarse a conservar la ilusión de regirse por libre albedrío cuando se cierra al mundo y no permite descubrir su interior. No es sorprendente que ello desemboque en un aislamiento a ultranza.

Aislarse de la comunidad y cerrarse al mundo exterior enfrascándose en el interior puede sonar como una salida, mas nunca como libertad. Ciertamente es que el hermetismo es un intento por preservar las libertades de acción y discurso (y en este sentido tiene un innegable éxito); sin embargo la importancia de esas libertades parece ya que no puede desenvolverse en un espacio plural. No tiene sentido la acción si no hay espacio público así como el discurso por no haber necesidad de entendimiento ni diferenciación.

Entonces la libertad alcanzada en el aislamiento es relativa; podemos afirmar que no obstante originarse en la intimidad – que no implica aislamiento o incomunicación, sino privacidad en cuanto a nuestros pensamientos que habrá de distinguirnos – por el libre pensamiento, también requiere de sociabilidad para sostenerse. Recordemos la absurda y desesperada libertad de K. a las afueras del Mesón Señorial. ¿Para qué una libertad si eres el único hombre?

Indefectiblemente la libertad requiere el reconocimiento y aceptación del otro. A esto renuncia también quien decide, como en *La guarida*, aislarse y encerrarse en su interior, ignorando su condición social.

Esta hubiese sido una fácil salida de K., aislarse de todo contacto humano, renunciar a la idea de la esfera pública y encerrarse en su interior. No obstante K. deseaba pertenecer a una comunidad, obtener reconocimiento y un lugar igual entre los habitantes, ejercer acción y discurso conforme lo dictasen los pensamientos en su intimidad. Es decir, ser libre, no ignorado ni ignorar.

¹⁴⁵ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 77.

El narrador de *La guarida*, no obstante estar aislado, tiene la enfermiza seguridad de un inminente peligro. Siempre ha de encontrar la forma de preocuparse por enemigos que habitan en su mente y que por lo tal amenazan su guarida, su intimidad. Para hacer frente, perfecciona su guarida con entradas falsas y trampas, es decir, crea una coraza en su intimidad para que nadie pueda entrar ni él pueda salir: el hermetismo.

El narrador no sólo renuncia a lo social y a todo lo que florece en ella como la libertad, sino también al discurso, al lenguaje. Es así una existencia absurda pues la vida entera se le va en construir y perfeccionar defensas ante evanescentes enemigos, constituyendo un círculo de vicio pues a cada perfeccionamiento corresponde la concepción de un enemigo más fuerte; esto de forma infinita, uno de los temas que afirma Borges son los centrales y obsesivos en Kafka.

Este cuento recuerda lo que mencionó Lutero: “no es bueno que el hombre esté solo (...), un hombre solitario siempre deduce una cosa de otra y piensa en todo hasta llegar a lo peor”¹⁴⁶.

Entonces entendemos que aquello que pensábamos un refugio llega a constituirse como la fuente principal de zozobra y angustia en el hombre pues *piensa en todo hasta llegar a lo peor*. Es importante observar que la libertad, se muestra inalcanzable. Como le sucede al narrador de *La guarida*, su existencia despojada de libertad se limita a sobrevivir biológicamente, como un animal. Y es aquí donde lo sostenido por Aristóteles cobra sentido: “el incapaz de vivir en sociedad, o el que no siente esta necesidad porque se basta a sí mismo, es bestia o dios”.¹⁴⁷

Pero es posible lograr este aislamiento de la comunidad de más formas; pueden permanecer en comunidad totalmente indiferentes a los asuntos públicos, lo cual impide su inclusión en ninguna organización, tal y como sucede a lo que llamó Arendt hombre-masa en los regímenes totalitaristas, es decir, guardar un tipo de aislamiento psicológico.

Renuncia y sometimiento consentido

Este hombre-masa definido por “su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales”¹⁴⁸, son los que observamos en los habitantes de *El castillo*, principalmente; seres que, a pesar de vivir en una aldea común, limitan las relaciones al extremo, que son “políticamente indiferentes”¹⁴⁹ y poco les importa la libertad. A este

¹⁴⁶ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 578.

¹⁴⁷ Aristóteles, *op. cit.*, p. 11.

¹⁴⁸ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 398.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 392.

hombre-masa también se refiere Broch, sólo que les llama *sonámbulos*, es decir, “la tribu que recorre el territorio del sueño, a los que renuncian a la realidad”¹⁵⁰.

Cuando el hombre renuncia a la realidad y libertad, sin importar la razón, surge una cuestión que Kafka retrata en su cuento más popular: si el hombre renuncia a ser hombre y se limita exclusivamente a su existencia física, ¿no puede acaso sufrir una metamorfosis similar a la de Gregor Samsa, de hombre a insecto? Si ya no es hombre, no necesita su constitución física.

Este hombre-masa, cuya individuación es insuficiente, “carece de intereses propios”¹⁵¹ y se deja llevar, es asimilado como un alimento, se le utiliza y finalmente se le desecha; altruistamente se entrega a la sociedad que lo absorbe, como menciona Durkheim. Claro ejemplo está en *Informe para una academia*.

En él, el protagonista, Pedro el Rojo, es un simio capturado que privado de su libertad, renuncia a sus orígenes simiescos y adopta la identidad propia del hombre; o al menos eso intenta.

Entonces se revela una salida ante el ataque a la identidad personal: el protagonista acepta ser lo que le imponen ser, así tenga que darle la espalda a sus raíces.

El narrador confiesa:

No, no era libertad lo que quería. Sólo una salida; hacia la derecha, la izquierda, hacia donde fuera, no pedía nada más. Si la salida sólo fuera un engaño, bueno, mi petición era pequeña, así que el engaño no podría ser más grande.¹⁵²

De forma que el ataque a la identidad ha de encontrar eco en el hombre por medio de la dominación y el sometimiento.

El hombre no opone la menor resistencia, renuncia a su libre albedrío. Su acción y discurso como a Pedro el Rojo, le serán dictados y controlados. Sólo podrá aceptar someterse. Se presenta el deseo de pertenecer a una comunidad no importando el costo, aun siendo la libertad misma. El protagonista sabe de la posibilidad de ser todo un engaño – reconocimiento y aceptación pero sin libertad – pero dice es una salida.

¹⁵⁰ José M. Pérez Gay, *op. cit.*, p. 45.

¹⁵¹ Émile Durkheim, *op. cit.*, p. 219.

¹⁵² Franz Kafka, *Cuentos Completos*...p. 438.

Captura-renuncia y dominación-sometimiento, guardan una estrecha relación que denota dos partes; una autoridad y un resignado. Es la autoridad que ataca y el hombre que baja la cabeza para preocuparse sólo por la vida biológica.

Así vemos un resignado que renuncia a ser hombre, por miedo, por practicidad, por indiferencia, por lo que fuese. Un hombre que se engaña es cobarde; apenas puede concebirse algo más vergonzoso que un mono que renuncia a ser mono o un hombre a ser hombre.

El aislamiento y hermetismo, y la renuncia y el sometimiento consentido, sólo nos llevan a un agotamiento doloroso; a la muerte de la identidad.

La muerte de la identidad personal

El hombre, y esto aunado en la modernidad, presenta problemas de identidad. En *El cruce* esto se retrata a la perfección, trata de un animal mitad gato y mitad corde-ro, nunca uno, que no posee identidad pues su sentir es el de un amasijo. Este ser híbrido desea la muerte como una salida; aun así no es capaz de tomar decisiones propias y se abandona, finalmente, a los demás.

Kafka, a lo largo de su obra, utiliza estas transformaciones y combinaciones de un ser para retratar su sentir. “El miedo ante el poder supremo es un tema central en Kafka, y su manera de oponerse a él es la transformación en algo pequeño.”¹⁵³ Sin embargo, en esta defensa se renuncia a la condición humana. La obra cumbre al respecto es *La metamorfosis*.

En la mencionada obra, Samsa ha abandonado su propia libertad a cambio del sentimiento de pertenencia a una comunidad, su familia. Trabaja para sobrevivir y sus acciones están encaminadas a satisfacer principalmente a su familia, sacrificándose él mismo. Al leer cómo era su existencia hasta una noche antes del radical cambio, el lector cae en cuenta de que Samsa vivía totalmente infeliz, que irremediamente había renunciado a su libertad de acción, y que finalmente se había sometido a las acciones que otros –como su padre – le habían impuesto. Esta voluntaria renuncia no le ahorra remordimientos ni la preocupación por saber quién era él; lo único que sabía es que con tal sometimiento su sentir era pésimo, no se sentía mitad mono mitad hombre como Pedro el Rojo, sino como un completo insecto insignificante.

Desde este punto de vista, nada de asombroso tiene la metamorfosis de Gregor Samsa de hombre a insecto (aquí símbolo de lo baladí), si adopta la forma de su sentir interior. De hecho él mismo no se asombra demasiado, piensa que es un

¹⁵³ Elias Canetti, *op. cit.*, p. 132.

efecto por un desorden en el tiempo del sueño. Y ya transformado, aún se preocupa primero por los demás, ya sea el trabajo, su familia, etc., antes que en sí mismo. Más le preocupaba no poder ir a trabajar, que haber perdido la forma humana. Hasta es capaz de imaginar a su jefe encorajinado por su ausencia; más le preocupa descuidar las acciones que le fueron impuestas, que procurarse respuestas de su cambio. Cabe mencionar que este cambio a insecto fue puramente físico; cualquiera que fuese su constitución física, sólo vivió para sobrevivir.

Con la metamorfosis, Samsa no pierde libertad pues nunca la tuvo. Más bien, se evidenció la forma en que era visto por el hombre desde la óptica de la autoridad: como un objeto pues al no poder valerse por sí mismo ahora es concebido como un obstáculo; y así se retrata la imagen que de sí mismo tenía.

Con su metamorfosis, también se descartan el reconocimiento y aceptación a la comunidad que es su familia. Y así, en este cuento asistimos a la muerte de la identidad personal, al entierro irreversible de la condición humana. No se requiere ser físicamente un hombre si no se actúa como tal. Ser como se siente interiormente cada individuo. Si se siente un insecto, entonces se verá como tal.

La destrucción de la identidad personal involucra todo un proceso el cual ha sido descrito en los regímenes totalitaristas. Es necesario “destruir su espíritu antes de que murieran”.¹⁵⁴ Tiende a la destrucción de relaciones, así encontramos una sociedad, en Kafka, donde, como se mencionó, las relaciones se limitan al máximo.

Para que esto sea posible es necesaria “la dominación permanente de cada individuo en cada una de las esferas de la vida”¹⁵⁵, dictaba Hitler en *Mi lucha*. Y cuando esta dominación total sobre el individuo aceptada por él mismo, pues carece de lazos sociales y del sentimiento de pertenencia de sí mismo, logra destruir el espíritu del hombre sin llegar al aniquilamiento físico, encontramos lo que Arendt llama “el hombre inanimado, es decir, el hombre que ya no puede ser psicológicamente comprendido”.¹⁵⁶

Durante la existencia de los regímenes totalitaristas, los individuos fueron objeto de un proceso que consistía en prepararlos en “cadáveres vivos”¹⁵⁷ mediante la muerte de la persona moral, la persona jurídica y posteriormente la eliminación de su identidad, fuente de toda espontaneidad, fundamento de la acción.

¹⁵⁴ Bernard Crick, *op. cit.*, p. 57.

¹⁵⁵ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...*p. 408.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 536.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 548.

Sin ser testigos de este proceso, en las comunidades de *El castillo* y *El proceso* encontramos a estos *cadáveres vivos*, desprovistos de dignidad humana, siendo el caso más ejemplar el padre de Amalia, quien a raíz de rechazo de su hija del funcionario Sortini, fue siendo despojado de su condición humana hasta llegar a ser una persona cuya existencia física vacía depende en su totalidad de alguien más y que no es capaz de darle sentido siquiera a su propia muerte.

La muerte de la identidad personal está fuertemente relacionada con lo que Durkheim llamó suicida anómico. Un claro suicidio en la obra kafkiana lo hallamos en el cuento *En la colonia penitenciaria*, donde el oficial, súbitamente, toma el lugar del condenado en la máquina que le habrá de dar muerte frente al viajero. La razón es la amenaza que se cierne sobre la continuidad del proceso de ejecuciones con el cual el oficial comulga pero no el nuevo comandante.

Los protagonistas de las novelas de Kafka tienen algo en común, y es que representan la lucha y resistencia hacia la realidad que los envuelve. Esa resistencia, por mínima que sea en ocasiones, la sostienen por medio de la acción; con ellos se cumple el que “la acción nace en el momento dramático en el que las voluntades humanas enfrentan la realidad objetiva de las cosas.”¹⁵⁸

Sin embargo, parece que esta lucha es estéril, Joseph K. es condenado a muerte, K. jamás obtiene el reconocimiento como agrimensor. Sólo Karl Rossmann parece tener mejor fin a su ingreso en el Gran Teatro de Oklahoma. Y es que puede prepararse lo mejor posible para la lucha, pero “es imposible defenderse si falta la buena voluntad”¹⁵⁹ por parte de las autoridades.

Dice Kraus: “Los que nada tengan que decir que continúen hablando. El que tenga algo que decir que dé un paso al frente y se calle”¹⁶⁰. La historia de K. y Joseph K. Los *hombres inanimados*; los *sonámbulos*, son quienes pueden hablar, no importa lo que digan, ya están adiestrados; a quienes les sobrevive la condición humana que se manifiesten, para que se hagan visibles, que serán exterminados. No hay lugar para la buena voluntad.

Esta falta de buena voluntad pasa a ser la antesala del terror, y así: “Cuando el hombre trata de luchar contra la férrea lógica de la Naturaleza choca con los principios básicos a los que debe exclusivamente su misma existencia como hombre.”¹⁶¹

La violencia es anunciada en palabras de Hitler.

¹⁵⁸ Edgar Morin, *A favor y en contra de Marx*, Argentina, Nueva Visión, 2010, p. 27.

¹⁵⁹ Franz Kafka, *América...* p. 191.

¹⁶⁰ José M. Pérez Gay, *op. cit.*, p. 210.

¹⁶¹ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 430.

Capítulo III

Violencia y terror en Kafka

“El principio al que someto mis decisiones es:
la culpa es siempre inconcusa”.

En la colonia penitenciaria

El individuo violentado

Hasta el momento la pregunta que surge con más fuerza es, ¿qué es lo que permite la organización y el funcionamiento de la estructura social en la obra kafkiana, si hasta el momento hemos revisado sólo la negación de la política? Veamos entonces que el terror ha ido desarrollándose de forma paralela a la negación de la política.

Terror y violencia no son lo mismo. Aquel es la forma de gobierno que nace cuando ésta, tras destruir todo poder, en vez de abdicar, mantiene el control absoluto. Así, “violencia y poder son términos contrarios; donde la una domina por completo, el otro está ausente”.¹⁶² La política y el poder han sido desterrados – más nunca sustituidos – por el terror y violencia. Y es precisamente esta última la que presenta gran desarrollo y excelencia en las obras capitales de Kafka.

La violencia, en cualesquiera presentaciones y ejercicios, está dirigida al hombre como individuo; primero sobre el hombre libre para someterlo y después al hombre sometido para eliminarlo. La violencia que se ejerce en el hombre es la que castiga la identidad del individuo. Se le aísla y se le enajena. Bien la violencia puede ser una excepción en la política, pero jamás puede ser una costumbre, y es precisamente así como la encontramos en Kafka.

El castillo y *El proceso* son las obras capitales sobre la violencia ejercida en el individuo. Puede leerse como una obra de terror a causa de la gran ausencia del poder y la política, así como por el castigo que recae sobre los protagonistas.

A K. se le arrolla por ambas identidades: se le niega la aceptación e integración a la comunidad y se le llama “mi querido señor agrimensor¹⁶³” justo cuando esa es la última condición por la cual sería aceptado. Para ello es necesario recordar las palabras del alcalde:

Sólo le ruego considere que tiene en mí, no diré un amigo – puesto que somos completamente extraños el uno para el otro –, pero en cierto modo, lo que se llama un amigo comercial. Lo único que no admitiré es que le contraten como agrimensor; en cuanto a todo lo demás diríjase siempre a mí (...).¹⁶⁴

Irónicamente sólo sería aceptado como algo diferente a la agrimensura, como bedel por ejemplo, y no obstante se obstinan en llamarle *mi querido señor agrimensor*. Es

¹⁶² Hannah Arendt, *Sobre la violencia...* p. 52.

¹⁶³ Franz Kafka, *El castillo...* p. 90.

¹⁶⁴ Franz Kafka, *El castillo...* p. 88.

como si cada vez que se dirigiesen a él, le recordasen que nunca formará parte de la comunidad ni se reconocerá su persona.

Se castigó a K. por pretender pertenecer a una comunidad (no plural, sino homogénea) sin permutar ni modificar su persona; se castigó a Joseph K., por regirse con libertad. Aquel fue sentenciado al olvido y a la indiferencia, y éste a la muerte.

Lo que el castigo persigue es despojar al hombre de su voluntad, libertad y pensamiento; busca absorber al individuo a un orden inamovible de terror, un orden donde se elimina la condición humana y se suprime la imprevisibilidad de la acción; es decir, el cálculo como premisa.

Querer librarse de semejante castigo es acción, es hacer prevalecer la condición humana e indirectamente ir contra la aniquilación del poder y la política. Por ello acierta Arendt cuando a propósito de reflexionar sobre K., dice que éste buscaba un lugar en la comunidad como una persona igual a los demás y no privilegiada; es decir, buscaba actuar de concierto con las autoridades y los individuos con intenciones de pluralidad, no de dominación. Y así, no se le niega la categoría de héroe a K. pues pretende cambiar la situación reinante cuando le hubiera bastado con marcharse y regresar a su lejano pueblo.

Acción y discurso violentados

Claro debe quedar que lo que motiva acción y discurso es la existencia de los otros – de ahí la necesidad de la pluralidad humana –, ya alejado de la necesidad que cubre la labor y la utilidad del trabajo.

Y como la acción es comienzo permanente, irreversible, impredecible, necesaria de ser perdonada y prometida a futuro algunas veces, el discurso es revelación. “Sin la revelación del agente en el acto, la acción pierde su específico carácter y pasa a ser una forma de realización entre otras”.¹⁶⁵

Acción y discurso destacan en la obra kafkiana por su inexistencia a causa de ser inhibidos constantemente. Más bien lo que se advierte es un hacer y comunicación, no más.

De sobra sabemos que si la pluralidad es negada, entonces la acción y el discurso son imposibles pues ambos “se dan entre hombres, ya que a ellos se dirigen”¹⁶⁶. Lo sorprendente es que la autoridad retratada en el capítulo I va más lejos: impide acción y discurso y deforma – más no transforma – la sociedad del hombre.

¹⁶⁵ Hannah Arendt, *La condición humana...* p. 209.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 211.

Tal vez el indicio más significativo de acción y discurso violentados sea la carencia de una memoria histórica, si consideramos la Historia como el resultado de acción y discurso con su respectiva revelación del agente.

En *El castillo* y más claramente en *Josefina, la cantora, o el pueblo de los ratones*, observamos el olvido de la Historia, y peor aún, el olvido de la memoria. A los habitantes de *El castillo* se les puede hacer mudar de opinión con tan sólo manejarles información diferente y en ocasiones contradictoria. Siendo así que no existe vestigio de acción y discurso.

Amalia es – claro, junto con K. – el ejemplo más excelso de la acción violentada. Bien puede considerarse la respuesta de Amalia como una acción ante los hombres e infinitamente improbable ante los habitantes de *El castillo*; una acción libre e inspirada en el sentido común. Amalia decide respetar su libre albedrío y rechaza la obtusa proposición.

Con ello, Amalia logra diferenciarse de los demás – refiriéndonos a las mujeres tales como Frieda y la mesonera, quienes accedieron en su momento y sin reservas a las proposiciones de otro funcionario –; intenta trascender a su existencia no limitándose a la preocupación de su supervivencia y vive con dignidad y respeto.

Pero para Amalia nunca hubo discurso; calló para siempre. Así su acción carece de significado, no trasciende de una realización. Mas esto no es culpa de Amalia, esto se debe a la inexistencia de una esfera pública. Y aquí detectamos la violencia sobre el discurso.

En acción y discurso encontramos la importancia de K. y Joseph K. Son hombres que ejercieron ambos sin temor a hacer notar lo que desearon.

K. se empeña en lograr el reconocimiento y ganarse un lugar en la comunidad; Joseph K. desea indagar de qué se le acusa y emprender una defensa justa. Y no encontraremos en la obra kafkiana revelación del agente por medio del discurso como en el pasaje donde Joseph K. comparece a su primer audiencia y no duda en defenderse. Con su discurso, Joseph K. presenta su distinción y deja en claro que vivir entre iguales no equivale a ser idénticos a todos; que él es único. La revelación es total.

La violencia más palpable contra acción y discurso es despojar al individuo del espacio donde pueda aparecer entre los hombres. Los empeños están encaminados en hacer acción y discurso innecesarios pues en las sociedades kafkianas no existe la diferenciación entre hombres; entre ellos sólo puede haber labor y comunicación. A ello se debe la respuesta de por qué los dos protagonistas son vistos como

extraños seres que no encajan nunca en sus respectivas sociedades. Ellos ostentan algo baladí: acción y discurso en una sociedad sin pluralidad.

La violencia contra acción y discurso impacta directamente en el sentido común, que “por su virtud, las percepciones de los demás sentidos revelan la realidad y no se siente simplemente como irritaciones de nuestros nervios o sensaciones de resistencia de nuestros cuerpos.”¹⁶⁷ Por la violencia que afecta el sentido común, es que K. era invadido por la frustración cuando a su parecer – o en función de su sentido común – algo debía ser inaceptable y, sin embargo, era generalmente aceptado por el resto de los habitantes.

Para profundizar, es menester retomar el caso de Amalia. Bien puede calificarse su rechazo como un desaire a un alto funcionario; pero el uso del sentido común que converge en la realidad de nuestros cinco sentidos y el cual nos revela la realidad estrictamente individual, arroja una realidad que excede ese desaire y evidencia una ofensa a Amalia y su justo rechazo.

La de *El castillo* es una sociedad carente de sentido común, y “un apreciable descenso del sentido común en cualquier comunidad y un notable incremento de la superstición y charlatanería son signos casi infalibles de alienación del mundo.”¹⁶⁸

Las comunidades de *El castillo* y *El proceso*, principalmente, carentes de esfera pública, son forzadas a ser y aceptarse como *homo faber* y *animal laborans*, totalmente desprovistos de acción y discurso. Estos habitantes, que no podemos llamar hombres, ven en la acción y el discurso ociosidad, siendo sus máximas preocupaciones la utilidad y la vida. De forma que Kafka retrató no sociedades de hombres, sino de *homo fabers* y *animal laborans*.

Estas sociedades, que comparten características con las sociedades de los regímenes totalitaristas, donde también se eliminó la esfera pública, incentivo de la pluralidad, despojan al hombre de acción y discurso y lo limitan a la simple ejecución dentro de sociedades atomizadas. Dichos hombres, desprovistos de sentido común, por lo cual a nosotros nos aparecen como absurdos, han sido aniquilados moral y físicamente.

Por otro lado, la autoridad se ha encargado de sostener una acción y discurso violento cuya finalidad es deshumanizar, negando al hombre toda oportunidad de entender lo que sucede con él mismo y remitirlo a la condición del *homo faber* y *animal laborans*.

¹⁶⁷ Hannah Arendt, *La condición humana...* p. 234.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 234.

De inicio no debemos olvidar las palabras del alcalde de *El castillo*, quien responde ante la exclamación de K. de que su situación puede ser un malentendido, “desgraciadamente no es así”, para momentos después afirmar: “pero cómo fue posible aquel malentendido, eso, por cierto, puedo explicárselo.”¹⁶⁹ Es decir, en sus afirmaciones puede detectare cierta incongruencia.

El alcalde se guarda mucho de aceptar o negar una afirmación, se limita a detallar los probables caminos que puede tomar el asunto de K. y finalmente sentencia: “Ignoro si en el caso suyo se ha producido semejante resolución.”¹⁷⁰ Nada aclara.

Y para hacer reinar la confusión en su discurso, el alcalde se atreve a introducir tres elementos que denotan el absurdo: reprocha a K: “es que usted, en verdad, no trabajó nunca todavía contacto con nuestras autoridades. Todos esos contactos no son más que aparentes”¹⁷¹, lo que significaría que el mismo alcalde reprueba la importancia de la llamada mediante la cual le hacen saber a K. a su llegada, que no puede permanecer en la aldea por instrucciones de la autoridad, además aceptando que él mismo, como alcalde, pertenece a la autoridad aparente; responde que “estas repuestas telefónicas tienen, absolutamente, su confianza real; ¿cómo podría ser de otro modo?”¹⁷², justo cuando momentos antes describe a K. que de dichas llamadas no se tiene nunca certeza quién las efectúa; y finalmente, concede a K. el que “no hay que tomar al pie de la letra las manifestaciones del castillo”,¹⁷³ lo que conlleva a pensar que de lo que proviene de la autoridad, debe hacerse una selección en cuanto a qué debe ser tomado como cierto y qué no, lo que naturalmente, representa un callejón sin salida.

Esta plática, en la cual se llega a todos y a ningún lado, en la parte final, lleva al alcalde a ofrecerse como “un amigo comercial”,¹⁷⁴ quizá el concepto más impreciso que el alcalde menciona. Es como si la segunda palabra anulara a la primera y no quedara nada aunque nuestros ojos tengan enfrente esas palabras.

La acción y discurso de la autoridad encierran la utilización de algunos instrumentos y técnicas que son precisos abordar.

¹⁶⁹ Franz Kafka, *El castillo*...p. 76.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 87.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 91.

¹⁷² *Ibid.*, p. 92.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 93.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 88.

Violencia psicológica

Sea cual sea la modalidad de la violencia, su objetivo general es la deshumanización y el de la violencia psicológica la intimidación del individuo.

En la obra kafkiana, la violencia psicológica destaca por lograr la intimidación al libre albedrío y todo aquello que lo sustente. La incertidumbre es una versión de esta violencia. Su medio es hacer dudar al individuo de su futuro y privarlo de toda ayuda para emanciparse de su preocupante situación. Este es el momento “en que el yo no se pertenece, en que se confunde con otra cosa que no es él”¹⁷⁵.

En *Mi negocio*, asistimos a un acto de incertidumbre cuando el narrador denota inseguridad por la llegada de una probable competencia a su negocio. Él mismo experimenta un miedo por no saber con certeza el incierto futuro.

O más claro, la incertidumbre y la falta de esperanza las encontramos de nuevo en K. y Joseph K. El primero duda de su porvenir por no ser reconocido por quién es: un hombre agrimensor; el segundo duda de su futuro por la resolución que pueda merecer su proceso subrepticio. Ambos se sienten y saben solos en su lucha. K. tiene un ápice de esperanza al tratar – sin éxito – de entablar entrevista con Klamm; Joseph K. espera poder saber de qué es acusado e iniciar su defensa.

Como podrá entenderse, esta violencia aísla al individuo y lo orilla a la toma de decisiones precipitadas y hasta condicionadas. El individuo es vulnerable, como en *La guarida*, e invadido en su intimidad y despojado de sus creencias. Es por ello, por la negación de las creencias por parte del individuo que se relaciona el nihilismo con la obra kafkiana.

No obstante el alcance de la incertidumbre y desesperanza, existe una versión mucho más despiadada de la violencia psicológica: la mentira. Dice Kafka en una carta: “La mentira es desesperante, no existe una tortura espiritual peor.”¹⁷⁶

Debe entenderse que en la mentira la esencia no es que a quien se dirija posea una incorrecta visión de los hechos, sino más bien “es que se le miente respecto a lo que el mentiroso piensa en su fuero interno.”¹⁷⁷ Es allí donde reside la *tortura espiritual* que aduce Kafka, ya que no sólo a quien se miente tiene una idea alejada a la verdad, sino que se le inculca una versión subjetiva con un fin utilitario.

Las cartas de Klamm para K. son, seguramente, la prueba del efecto que surte la mentira sobre el hombre. La primera reza:

¹⁷⁵ Émile Durkheim, *op. cit.*, p. 218.

¹⁷⁶ Franz Kafka, *Cartas a Milena*, España, Alianza, 2000, p. 230.

¹⁷⁷ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 35.

Muy estimado señor: está usted, como ya lo sabe, aceptado para el servicio señorial. Su superior inmediato es el alcalde de la aldea, el cual le informará también acerca de todo lo concerniente a su trabajo y condiciones de salario, y al cual deberá usted, a su vez, rendir cuentas. Sin embargo, yo tampoco le perderé de vista. Barnabás, el portador de ésta, irá de tiempo en tiempo a preguntarle sus deseos, y me los comunicará. Me hallará usted siempre dispuesto a complacerle, en la medida en que esto sea posible, pues me interesa que mis obreros estén siempre contentos. Jefe de la X oficina.¹⁷⁸

Aquí se descubren dos mentiras capitales: 1) que el alcalde, contrario a la carta, le aclara a K. que no permitirá que sea contratado como agrimensor, y 2) que quien suscribe la carta jamás mostró alguna intención de complacer a su obrero K.; se juega con las frases imprecisas: “como ya lo sabe” y “*en la medida en que esto sea posible*”.

La segunda carta es más aterradora:

Al señor Agrimensor, en el Mesón del Puente: los trabajos de agrimensura que ejecutó usted hasta ahora, merecen mi aprobación. Son digno de elogio también los trabajos de los ayudantes: sabe usted estimularlos en el trabajo como es debido. ¡No ceda usted en su ahínco! Procure que los trabajos tengan un buen fin. Me irritaría toda interrupción. Por otra parte pierda usted cuidado: la cuestión del salario se decidirá próximamente. No lo perderé de vista.¹⁷⁹

La agresión es total; de inicio insiste en llamarle justamente por el título por el que nunca será aceptado: *señor agrimensor*; la violencia es constante. K. cuando recibe esta misiva, ya no reside en el Mesón del Puente, sino que fue aceptado como bedel de la escuela donde un aula es su residencia. ¡Qué decir de los trabajos de agrimensura! No se le ha dado la oportunidad de desenvolverse como tal, razón para la cual arribó a la aldea. Los trabajos de los ayudantes se reducen a entorpecer y desesperar las acciones de K. y a seducir a su novia. Son ellos, de incierta procedencia, quienes engañan también a K. por medio de fingir obediencia, pues sólo obedecen aquello que se les antoja, erigiendo así la simulación.

Es en esta parte donde se descubre otra mentira: la nula comunicación entre Barnabás y Klamm; aquel, mensajero y único intermediario entre éste y K. confiesa que Klamm le evade pues le molesta los nuevos mensajes, de modo que ha sido incapaz de transmitir la respuesta que la primera carta mereció a K.

¹⁷⁸ Franz Kafka, *El castillo...* p. 33.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 146.

Por otro lado, otro gran ejemplo de la mentira lo encontramos en la leyenda *Ante la ley* que se narra en *El proceso* y abordada en el primer capítulo. Joseph K., después de escuchar la historia sostiene que “el centinela mantuvo engañado al hombre”,¹⁸⁰ a lo que el capellán espeta que su juicio es precipitado. Éste, momentos después, con relación a la afirmación inicial del centinela de no dejar pasar al hombre y la final de que la puerta sólo estaba destinada a él, afirma que “el centinela había mentado al hombre. Pero no hay contradicción.”¹⁸¹ Esta aceptación de la mentira es la que sorprende, pues de aceptar las explicaciones que justifican la acción del centinela en boca del capellán, “colocaría la mentira a la altura de una norma universal”.¹⁸² La mentira se torna en una necesidad entonces.

Dice Simmel que:

El valor negativo que, en lo ético, tiene la mentira, no debe engañarnos sobre su positiva importancia sociológica, en la conformación de ciertas relaciones concretas. (...) la mentira no es más que uno de los medios para limitar el conocimiento que uno tiene de otro.¹⁸³

De manera que si bien puede afirmarse que la mentira, entre las relaciones humanas, es inevitable, ya sea para restringir la publicidad de hechos personales o bien para ahorrarnos explicaciones innecesarias y de la cual todos hemos echado mano alguna vez, la mentira en Kafka, que se ha convertido en una *norma universal*, ha conformado una sociedad en la que los habitantes nada desean saber, en la que se les limita toda información para ejercer acción y discurso.

Y para percibir el terror en su plenitud, la afirmación de que:

Dentro de un grupo, el trato basado en la veracidad será tanto más conveniente cuanto más tenga por norma el bien de los muchos y no el de los pocos. Pues los engañados, esto es, aquellos a quienes perjudica la mentira, formarán siempre mayoría frente al mentiroso, que saca provecho del engaño.¹⁸⁴

Se convierte en una falacia, ya que a este grupo engañado, conformado por *hombres inanimados* que “simplemente se arrastran sin sentido sobre la faz de la tie-

¹⁸⁰ Franz Kafka, *El proceso*...p. 265.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 265.

¹⁸² *Ibid.*, p. 271.

¹⁸³ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 40.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 38.

rra”,¹⁸⁵ nada les importa que no tenga que ver con su trabajo, alimentos y vivienda, y se limitan a decir de su jefe: “Tenía siempre razón y siempre tendría razón”.¹⁸⁶

Otra versión de la violencia psicológica, no menos poderosa que la mentira, es el secreto. Éste lo hallamos en *El proceso*. Allí todo es secreto, desde la acusación y su contenido, la aplicación de la ley, los jueces involucrados, el procedimiento a seguirse, hasta la resolución final que pueda determinarse.

La mentira destaca por contrariar a la verdad, por negarla parcial o completamente. El secreto no la niega, se contenta con ocultarla. Para ello ha de mezclar hechos verdaderos con ficticios, de forma que un vistazo no permita escudriñar la verdad, revelada por el sentido común.

Entonces si la mentira es cruel por contrariar la verdad, el secreto no lo es menos por ocultarla, pues en este hecho al individuo se le obliga a imaginar una innumerable cantidad de escenarios posibles. Esto es evidente durante la conversación que sostienen Joseph K. y el pintor Tintorelli, en la cual se abordan tres posibles (supuestas) soluciones al proceso: la absolución real, la absolución aparente y la prórroga indefinida. Lo importante no es saber en qué consiste cada una, sino saber cuál será aplicada, de forma que el número de absoluciones aparentes podría ser mayor. El secreto no sólo oculta la verdad, sino que propicia su manipulación y la creación de una verdad artificial. Vemos entonces que secreto y mentira son fenómenos las más de las veces ligados.

Mentira y secreto despojan de toda esperanza al hombre al hacerlos dudar de su capacidad de percibir la realidad y la verdad. El hombre ya no puede confiar en su libre albedrío. Mentira y secreto ofrecen dos caminos al hombre: aislamiento y exilio como hombres de acción y discurso, o aceptación y asimilación como animales de trabajo o de labor.

Entiéndase que la mentira y el secreto – no aceptados por la autoridad en su discurso tal y como revisamos con los errores – tienen efectos devastadores en el individuo al privarlos y alejarlos de, primero, su sentido común y después, de la realidad que este les calibra; así el individuo no tiene esperanza de futuro y libertad.

Otra modalidad de violencia la encontramos en una desconfianza a ultranza. Ya lo dice Karl Rosmann *es imposible defenderse si falta la buena voluntad*.

¹⁸⁵ Franz Kafka, *Cuentos completos...* p. 500.

¹⁸⁶ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 471.

Si "la confianza es una hipótesis sobre la conducta futura de otro, una hipótesis lo suficientemente segura como para basar en ella una actividad práctica",¹⁸⁷ entonces a K., Joseph K. y Karl Rosmann se le profesa una desconfianza de hierro.

Nuevamente el alcalde aparece en escena. Cuando K. le comunica la carta que recibe de Klamm en la que se le dice que está *aceptado para el servicio señorial*, el alcalde responde: "Está usted contratado como agrimensor, según dice",¹⁸⁸ y es precisamente este *según dice* donde radica la desconfianza. Sobre esta desconfianza comienza el alcalde a construir no una *actividad práctica*, sino una serie de suposiciones durante las cuales una y otra vez deja evidencia de su desconfianza hacia K., como cuando le prohibió a K. ayudar en la búsqueda de un documento oficial relacionado a su contratación, y en su lugar autorizó a los dos ayudantes de K. a hacerlo, es decir, "lo que no se le permitía a K., podían hacerlo los ayudantes".¹⁸⁹

Al respecto, Karl Rosmann es otro individuo que vive muy de cerca la desconfianza, especialmente cuando lo acusa el portero Feodor. En una parte de este pasaje, Karl, para explicar la razón de la visita de Robinsón, indica que "le he prometido dinero porque él me lo ha pedido".¹⁹⁰ Sin embargo, derivado de esto, el camarero mayor, aliado del portero, cuestiona: "¿cómo has acumulado dinero en una cantidad que te permite regalarlo?"¹⁹¹ Como podrá observarse, se entra en un terreno donde las preguntas llevan implícitamente una acusación además de incurrir en la exageración y mala voluntad.

Minimizar al hombre

Dentro de esta violencia contra el hombre, encontramos aquella que es una de las más recurrentes en Kafka y que se basa en minimizarlo hasta el punto de anularlo o convertirlo en algo pequeño. Esta acción de minimizar viene acompañado de la humillación, es decir, herir al hombre en su dignidad.

Una vez más, esta humillación recae sobre K., quien desde su visita al alcalde, éste no escatima comentarios que buscan hacer desaparecer al agrimensor, tales como que su caso, el que implicó que hiciese un viaje largo, no pudiera ser más que "una pequeña confusión"¹⁹² o bien que se trata de "ínfimas nimiedades"¹⁹³ y que "apenas

¹⁸⁷ Georg Simmel, *op. cit.*, p. 42.

¹⁸⁸ Franz Kafka, *El castillo*...p. 75.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 78.

¹⁹⁰ Franz Kafka, *América*... p. 190.

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 191.

¹⁹² Franz Kafka, *El castillo*...p. 76.

¹⁹³ *Ibid.*, p.76.

ya interesaría entonces a nadie"¹⁹⁴. En repetidas ocasiones le dice "persona totalmente extraña"¹⁹⁵ y "forastero"¹⁹⁶ y con ello le reprocha a K. su falta de entendimiento de la peculiar forma en que se llevan a cabo los procedimientos en el castillo.

Esta humillación se da "a través de la dominación"¹⁹⁷, ya que cuando parece que K. convence con sus argumentos, esto resulta ser una ilusión; el alcalde lo lleva con sus palabras a la confusión y desolación. La rebeldía no es opción. "El único acto de rebeldía contra esa dominación, la negativa de Amalia a complacer a un funcionario, culmina con la expulsión de toda su familia de la comunidad de la aldea."¹⁹⁸ Sin embargo, K. pronto mostrará signos de rebeldía, como el negarse a someterse al interrogatorio de Momus, que toma a manera de *capricho oficial*. Esto habrá de ganarle, como a Amalia y su familia, el ataque a la "propiedad espiritual privada"¹⁹⁹ y la imposibilidad de integrarse a la comunidad.

Por otro lado, no debe omitirse que estos individuos también son objeto de acoso y represión, entendiendo que ésta "funciona como una condena de desaparición, pero también como orden de silencio, afirmación de inexistencia y, por consiguiente, comprobación de que de todo eso nada hay que decir, ni ver, ni saber."²⁰⁰ Siendo así se tiene a Amalia y su familia, condenados a desaparecer y cuya existencia reniegan algunos como Frieda; a Joseph K. y K., conminados a guardar silencio y quienes aceptan penosamente "Sí, en verdad me hostigan"²⁰¹.

Es como si los habitantes estuviesen dispuestos al sacrificio. Por un lado la mesonera, en su actitud abnegada hacia Klamm, es capaz de ofrecerle su vida entera y vivir del recuerdo; por otro lado, los acusados que abarrotan las oficinas de *El proceso* ofrecen todos sus recursos sin ninguna garantía así como dejan de tener vida privada por entregarse a las atenciones que su proceso exige; Robinsón hace un enorme sacrificio sometiéndose al tirano régimen de Delamarche y Brunelda, donde sufre hambre y humillaciones, las cuales busca aligerar compartiéndolas con Karl.

Al respecto, es importante destacar que "los regímenes totalitarios ponen todo su empeño en obtener el sacrificio voluntario de los habitantes del país, incluso hasta

¹⁹⁴ Franz Kafka, *El castillo.*, p. 87.

¹⁹⁵ *Ibid*, p. 82.

¹⁹⁶ *Ídem*.

¹⁹⁷ Elias Canetti, *op. cit.*, p. 178.

¹⁹⁸ *Ídem*.

¹⁹⁹ Georg Simmel, *op. cit.*, p 46.

²⁰⁰ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad V. I La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 2011, p. 8.

²⁰¹ Franz Kafka, *El proceso*...p. 251.

la muerte, en la realización de las tareas más normales”.²⁰² Un sacrificio en tareas normales, muy de acuerdo a la situación, por ejemplo, de la mesonera.

Esta mesonera es el claro modelo del habitante de la aldea de *El castillo*, justamente en el interrogatorio de Momus a K., que versa en ser un espectador, un ser pasivo que piensa que lo mejor es “escuchar una conversación de dos personas que comentan un asunto que a ellos les toca de cerca en tanto que a mí solo me concierne lejanamente y encima no me afecta”²⁰³.

Así, sacrificio y pasividad son el factor de éxito del totalitarismo; con él arraigado, “los miembros fanatizados no pueden ser influidos por ninguna experiencia ni por ningún argumento”²⁰⁴; esto explica en gran medida la frustración de K. cuando sostiene alguna conversación con cualquier persona de la aldea, exponiendo sus argumentos, y no logra convencer. En pocas palabras, este sacrificio “resulta absurdo para el hombre libre”²⁰⁵ como K. y como quien se encuentra leyendo.

Violencia física

Y cuando mentira y secreto han logrado el aislamiento y exilio del individuo, es empleada la exterminación por medio de la violencia física.

Este exterminio no involucra la abolición de la intimidación, pues su castigo físico ha de servir como ejemplo a otros individuos. Así, esta modalidad de violencia es menos complicada que la psicológica. La meta es acabar con la vida biológica del individuo; y regularmente es empleada cuando el hombre ha muerto moralmente y surge la necesidad de apartar tajantemente al individuo de una comunidad con la seguridad de no verlo regresar.

El tormento es una versión de esta violencia. Lo indignante, por si el tormento por sí mismo no lo fuera, es la intención de hacer padecer el mayor dolor físico posible al individuo: “un castigo en el que se ordena ‘tantas veces como aguantes’.”²⁰⁶

En el pequeño cuento *Fue en verano*, se nos muestra la dureza del castigo:

El cuarto parecía más la celda de una prisión que un cuarto rural. Grandes baldosas, paredes desnudas de color gris oscuro, un anillo de hierro asegu-

²⁰² Bernard Crick, *op. cit.*, p. 55.

²⁰³ Franz Kafka, *Diarios...* p. 312.

²⁰⁴ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 388.

²⁰⁵ Bernard Crick, *op. cit.*, p. 55.

²⁰⁶ Franz Kafka, *Diario...* p. 337.

rado a la pared, en el centro algo parecía mitad camastro, mitad mesa de operaciones.²⁰⁷

Y se revela la nimiedad de la causa: haber acaso golpeado una puerta con la fuerza de una muchacha.

Más allá se muestra la ferocidad del castigo y la sentencia sobre quienes conservan algo de humanidad, como es defender a su hermana.

Es en *La colonia penitenciaria* donde encontramos el castigo físico en su máxima representación. El ansia por provocar el mayor dolor físico posible inspira el mejoramiento de la técnica para, verbigracia, construir máquinas de tortura y exterminio.

La máquina, que consta de la *cama*, el *dibujante* y el *rastrillo*, está construida para torturar por doce horas continuas por medio de agujas, hasta provocar la muerte del condenado de forma violenta y humillante.

Sin embargo, la violencia física no aparece sola; también la psicológica tiene lugar pues al condenado se le oculta su sentencia y se le niega una defensa. Es decir, se le mantiene en secreto su situación. Para él la condena es algo sin precedentes. De forma que “la injusticia del procedimiento y la inhumanidad de la ejecución son incuestionables.”²⁰⁸

Apoyado en la idea de que “la culpa es siempre inconcusa”²⁰⁹, el castigo no debe postergarse además de ser ejemplar. En *La colonia penitenciaria*, el tormento no debe aniquilar al instante, sino en un plazo medio. Al condenado no se le ahorra algún sufrimiento corporal, y antes de ser muerto, debe ser indiferente a la vida y deseoso de la muerte, como alivio al dolor, tal y como aquellos seres que bajo los regímenes totalitarios marchaban hacia su muerte.

En términos técnicos, el exterminio, es decir, la violencia física, pudiera ser el peor de los castigos si se le relaciona con la incertidumbre, la mentira y el secreto; mas en términos humanos el efecto es el mismo: la deshumanización.

No obstante, hasta morir con dignidad está prohibido, ya que es “imposible el martirio por primera vez en la Historia”.²¹⁰ O ¿quién podría afirmar que el padre de Amalia o ella misma es mártir? Nadie.

²⁰⁷ Franz Kafka, *Cuentos completos...* p. 419.

²⁰⁸ *Ibíd.*, p. 259.

²⁰⁹ *Ibíd.*, p. 249.

²¹⁰ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...*p. 548.

La historia de Joseph K. es similar: se le somete a una violencia psicológica tremenda con el secreto de su proceso y posteriormente se le aplica la violencia física apuñalándole. De modo que ambas violencias no suelen presentarse separadas ni predominar la una sobre la otra. Al fin de la ejecución de la condena de Joseph K., sabe él que ha sido tratado por las autoridades no como un hombre, sino como “animales que no se quejan”²¹¹; y pese a ello, él en cierta forma lo aprueba – por cansancio o indiferencia – sometiéndose a la sentencia. Por ello teme que la ver-güenza le sobreviva.

Violencia extraoficial

La procedencia del castigo en ningún momento es visible. Esto, desde luego, aumenta la magnitud del secreto.

Retomemos a Amalia y su familia. Después del rechazo de Amalia a Sortini, la familia de aquella comienza a sufrir una serie de infortunios: el padre es cesado de sus funciones en la estación de bomberos así como revocado su diploma²¹²; los aldeanos vecinos se alejan paulatinamente de toda relación con la familia; se ven desprovistos de todo medio de manutención pues el padre pierde también su trabajo como zapatero; y en general, son considerados en la aldea como parias.

El padre busca el perdón de las autoridades y precisamente con lo que se encuentra es que no hay nada por perdonar. Las autoridades aducen que ellos no pueden obligar a los clientes a que acudan con el padre de Amalia para encargarle trabajo, que ellos nada tienen que ver con la cadena de desdichas que los azota.

Con el discurso:

¿Qué quería él que se le perdonara? Si hasta el momento no se había presentado contra él ninguna denuncia; (...) ni se había iniciado acción alguna contra él, ni nada lo amenazaba. ¿Podía él alegar, acaso, la existencia de alguna disposición oficial que contra él se hubiera emitido?²¹³

Es como la autoridad se deslindó de cualquier responsabilidad en la desgracia de la familia de Amalia a raíz del suceso con Sortini.

²¹¹ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 534.

²¹² Algo a lo que no hemos hecho alusión es la repetición de escenas absurdas a lo largo de la obra kafkiana. Baste decir que cada absurdo ataca al sentido común. Aquí, por ejemplo, el padre de Amalia es despojado de su diploma, como si eso fuera necesario para arrebatarse las capacidades y el conocimiento adquiridos.

²¹³ Franz Kafka, *El castillo...* p. 258.

El padre de Amalia no podía asegurar intervención de algún órgano oficial. Se empeñaba en afirmar “reconquistaré a Amalia su honor”²¹⁴, como si realmente lo hubiese perdido justo cuando lo defendió y conservó. Otro absurdo.

Entonces resulta desesperante saber que la mala racha inició con el desaire de Amalia hacia las autoridades, y que esta no presta atención y que por tal no existen represalias. ¿Cómo explicarse el castigo entonces? ¿De dónde proviene? Naturalmente de un poder oculto.

Cuando dicen “¿Qué puede perdonársele?”, las autoridades de *El castillo* no pretenden ser amables. Si reflexionamos un poco sabremos que así se despoja al padre de toda esperanza por revertir su aciaga situación que por casualidad, pretenden asumir las autoridades, inició con el desaire a un funcionario.

Se trata de una situación donde las relaciones interpersonales son ágilmente gestionadas hacia una determinada actitud por parte de las autoridades. De forma que tenemos una autoridad que no aplica la violencia directamente. Lo hace por medios no oficiales; mediante una sociedad atomizada donde se evitan las relaciones, y donde sus habitantes celosamente afirman: “no necesitamos huéspedes.”²¹⁵

La procedencia pues del castigo resulta ser un misterio, un secreto. Y nuevamente este secreto permite a la autoridad ejercer la violencia de forma arbitraria pues garantizada está su discreción.

Lo mismo puede decirse del proceso y sentencia de Joseph K., ya que cuando se va a cumplir su pena capital, Joseph y sus dos custodios, en el camino, se preocupan por escapar de un policía. Entonces si escapan de la policía, órgano oficial de la autoridad, ¿quiénes son los que ejecutan a Joseph K?

Sea cual sea la procedencia de esta autoridad a la que tanto hemos aludido, siempre se han de asegurar de que el castigo llegue por medio de terceros; como un mensajero.

Al respecto, constituye una revelación la ejemplificación de la violencia y su procedencia en un escrito de Kafka que dice:

En el curso de un paseo mi perro descubrió un topo que intentaba cruzar la calle. Se puso a jugar con él, saltándole encima y soltándolo varias veces, pues aún es cachorro y asustadizo. La escena me divirtió al principio, sobre todo la excitación del topo que, desesperada e inútilmente, buscaba un agujero en el duro suelo de la calle. Pero de pronto,

²¹⁴ Franz Kafka, *El castillo*... p. 259.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 22.

cuando el perro volvió a golpearlo con su pata estirada, el topo lanzó un chillido: ks, kss, chilló. Y entonces tuve la sensación... No, no tuve sensación alguna. Fue tan sólo una ilusión, pues aquel día la cabeza me colgaba tan pesadamente que por la noche noté, extrañado, que la barbilla se me había arraigado en el pecho.²¹⁶

Canetti hace una buena reflexión de ello considerando que para el topo, sólo existe el perro que lo hostiga; si el topo debiera pedir compasión, sería al perro; sin embargo, existe una instancia más, un poder por arriba del perro: Kafka; pero el topo lo ignora completamente. Cuando el topo chilla, Kafka entiende y siente lo que el topo, se da cuenta que él es amo de la situación y que en sus manos está el destino del perro y por ende del topo; entiende que él es un poder superior ignorado por el humillado y que pudo ahorrarle al topo su sufrimiento.

Esta historia encierra una configuración de poder en Kafka: es regla que proviene de un lugar y persona indeterminada, invisible para el humillado; de una autoridad anónima que a lo largo de la obra kafkiana habrá de regirse por leyes desconocidas.

²¹⁶ Elias Canetti, *op. cit.*, pp. 185-6.

Conclusiones

Primera negación de la política

En la ficción kafkiana se descubre entonces una autoridad indiferente hacia los asuntos, en general, de los gobernados. Es una autoridad indiferente que ha construido un vínculo con sus súbditos que se define con un marcado distanciamiento; la autoridad se ha sustraído a la relación con el gobernado. Recordemos, una gran enemiga de la política es “la indiferencia hacia el sufrimiento humano.”²¹⁷

Esta autoridad niega al hombre mediante la abolición de la acción. Elimina y persigue toda espontaneidad de los hombres; intenta anular toda libertad. Muestra gran indiferencia en cuanto a la existencia de una pluralidad, ya que su intención es hacer una unidad de quienes gobierna.

La autoridad se ayuda del secreto para lograr esto y así asegurarse en el poder.

Esto recuerda a lo que Aristóteles afirmó: “Pero cuando una familia entera, o algún individuo exceda tanto en virtud que supere a los demás, entonces es justo que esa familia o individuo sean proclamados reyes”²¹⁸. Pero los jefes en las obras kafkianas distan mucho de ser virtuosos; se mantienen en secreto, evitan todo contacto con el habitante, mudan el poder por la violencia. Por lo tanto, se cumple la máxima de que “el hombre es el mejor de los animales, cuando se ha perfeccionado, y cuando se aleja de la ley y de la justicia, el peor de todos”²¹⁹.

Entonces, ¿cómo puede haber lugar para la política cuando la autoridad es indiferente hacia el hombre y sumerge todo en el secreto, incluyendo la ley?

El hombre vive ignorado por la autoridad a tal grado, que es sorprendente encontrarse con una sentencia tal: “¿Y en quién hemos de pensar? ¿Quién más existe aquí?”²²⁰ Palabras de un funcionario.

Así, encontramos la primera negación de la política en la obra de Kafka.

Segunda negación de la política

No es posible concebir la política sin hombres que ejerzan la acción. La política requiere de libre acción y discurso; de un espacio plural. Observamos hombres que no encuentran un espacio plural, en su lugar dan con una masa uniforme de hombres que en nada se diferencian entre ellos pues todos responden la misma acción

²¹⁷ Bernard Crick, *op. cit.*, p. 180.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 23.

²¹⁹ Aristóteles, *op. cit.*, p. 11.

²²⁰ Franz Kafka, *El castillo...* p. 294.

y discurso; observamos hombres que abandonan la condición humana y se remiten al *animal laborans*; renuncian a la acción, y discurso, fundamentos de la pluralidad y por ende de la política, y se entregan a la preocupación de asegurarse los medios para sobrevivir físicamente.

Con respecto a la premisa socrática de “que cuanto mayor sea la unidad en la ciudad mejor”,²²¹ Aristóteles antepone que “la naturaleza de la ciudad es ser colectividad (...). No sería conveniente llegar a tal grado de unidad, aun en el caso de ser posible, porque acarrearía la destrucción de la ciudad.”²²² Pues en Kafka observamos que esa población es una unidad: piensan igual, reaccionan igual, no hay espontaneidad en ellos.

La política requiere hombres libres. No puede funcionar si el hombre se pierde en la búsqueda del reconocimiento en la comunidad, no funciona si el hombre ya no se pertenece ni en la intimidad de sus pensamientos. Es imposible la política si los hombres optan por vivir aislados. Esto es así: cualquier efecto que combata y anule la libertad es un atentado contra la política. Ésta no puede existir sin aquella. Y se observa, que la libertad es un privilegio en las obras kafkianas que no es dable a los habitantes,

No es posible concebir una comunidad política con hombres en los cuales la espontaneidad ha sido erradicada, individuos que moralmente están aniquilados y son incapaces hasta de dotar, por insignificante que sea, de ningún sentido a su propia muerte.

La marcada indiferencia que observamos llega por ambos lados: la autoridad por pensar que vive solo y el individuo por renuncia.

Este tipo de individuos, que renuncian a su condición humana, proliferan en las comunidades kafkianas, siendo el protagonista de cada obra capital la excepción que lucha, dentro de un ambiente estéril, contra esta violencia que amenaza en convertirle en lo que Arendt llama “hombre inanimado”.²²³

Tercera negación de la política

Si bien “el poder brota dondequiera que la gente se una y actúe de concierto”²²⁴, en Kafka ni la gente se une ni actúa de concierto. En su lugar se ha erigido la violencia.

²²¹ Aristóteles, *op. cit.*, p. 25.

²²² *Ídem.*

²²³ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 536.

²²⁴ Hannah Arendt, *La condición humana...* p. 48.

La violencia que se ejerce sobre el individuo corresponde al nivel de control que se busca tener sobre él. Esta violencia puede presentarse en las palabras y actos y, como instrumento, tiene la finalidad de mermar la libertad del hombre que pueda vaciarse en acción y discurso.

No se trata de que la violencia sustituya al poder pues aquella no tiene la legitimidad. Donde existe una no hay lugar para la otra. La violencia es imposición y el poder consenso.

Indica Arendt:

El poder sólo es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y los hechos no son brutales, donde las palabras no se emplean para velar intenciones sino para descubrir realidades, y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades.²²⁵

En la obra kafkiana las palabras mienten y los hechos se muestran absurdos, incomprensibles. Y en efecto, el discurso de la autoridad oculta y sus actos violentan y destruyen al hombre libre; simplemente desarticulan las relaciones en la comunidad.

Es casi imposible observar en las obras de Kafka pasajes donde apenas se encuentre un ápice de existencia de pluralidad, ésta es violentada forzándola a la unidad; donde la tolerancia encuentre lugar; donde la autoridad encuentre limitaciones y contrapesos a su actuar. Los únicos hombres libres son los protagonistas, los únicos que ejercen esa espontaneidad que la acción requiere.

Al verse el poder desplazado por la violencia, al estar sometido a un control absoluto y al reducir a los hombres a la unidad, la política no puede tener lugar, pues su carácter de *creadora de civilización* ha sucumbido ante la creación de “una sola masa”,²²⁶ y si bien, la política “crea o permite cierta libertad”,²²⁷ sólo encontramos “la dominación permanente de cada individuo en cada una de las esferas de la vida.”²²⁸

Y así como la violencia desplaza al poder, la política se ve anulada por el terror. Este terror lo identificamos como un régimen antipolítico, que “intenta convencer al

²²⁵ Hannah Arendt, *La condición humana...* p. 226.

²²⁶ *Ibid.*, p. 38.

²²⁷ *Ibid.*, p. 33.

²²⁸ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo...* p. 408.

individuo de la necesidad siempre presente de sacrificar su libertad de acción a favor de la colectividad”,²²⁹ es decir, eliminar la espontaneidad.

Así, nos encontramos, en la obra kafkiana, ante comunidades donde “todo poder se ha convertido aquí en uno solo”.²³⁰

²²⁹ Bernard Crick *op. cit.*, p. 208.

²³⁰ Elias Canetti, *op. cit.*, p. 178.

Glosario de nombres

Alcalde (*El castillo*): Supuesto Jefe inmediato de K., quien le afirma al recién llegado que su llamado al servicio no pudo ser más que un insignificante error. En toda la obra, sólo mantiene una entrevista.

Amalia (*El castillo*): Habitante de la aldea que, en una fiesta, agradó a un funcionario llamado Sortini, a quien rechazó después de que éste le hiciera una proposición aparentemente carnal y por medio de un mensajero. Ella representa la única persona capaz de no someterse a los caprichos de la autoridad. A partir de entonces su familia sufrió una serie de desgracias que los tiene sumergidos en la decadencia. En la aldea, junto con su familia, es vista como paria.

Barnabás (*El castillo*): Mensajero entre Klamm y K. Después se entera K. que ni Barnabás está seguro si los recados que le ha entregado provienen del mismo Klamm. Es, a su vez, hermano de Amalia y Olga.

Block (*El proceso*): Cliente del abogado Huld y representante del más excelente ejemplo de cómo la zozobra de los procesos judiciales transforman a las personas al grado de hacerlas nerviosas, temerosas y proclives a la humillación.

Brunelda (*América*): Mujer gorda y de descripción repugnante, que tiene a su servicio a Robinsón y a Delamarche, quienes posteriormente a su despido del Hotel Occidental, llevan a Karl Rossmann a sumarse al servicio.

Conde WestWest (*El castillo*): Supuestamente, dado que eso se detalla al inicio de la obra, el señor del Castillo, es decir, el máximo Jefe. A decir verdad no se le vuelve a mencionar nunca durante la obra, permanece en el total anonimato y hasta olvido.

Coronel (*Nuestra pequeña ciudad*): Jefe máximo de la población del narrador. Es quien acepta o rechaza las iniciativas que tíbiamente los pobladores proponen. Es la máxima encarnación de la ley: éste se apoya en la ley y ésta en él.

Delamarche (*América*): Compañero de viaje de Karl, quien junto con su alfil, Robinsón, abusa del llegado de Alemania en repetidas ocasiones.

Feodor (*América*): Portero mayor del Hotel Occidental, donde trabajaba Karl como botones. Es en gran parte responsable del despido injusto que se comete contra el joven Karl.

Frieda: (*El castillo*): Amante de Klamm, a quien abandona por K. después de conocerlo en el Mesón Señorial, donde trabajaba como tabernera. Una vez que se hace

novia de K. abandona la taberna y va junto con el protagonista. Finalmente lo abandona pues no le agrada la relación de K. con Olga.

Gregor Samsa (*La metamorfosis*): Protagonista del cuento, quien amanece convertido en un escarabajo. Así inicia su viacrucis al adaptarse su familia a él. Se ve subyugado por el poder que su familia ejerce en él. Finalmente es relegado y muere en el abandono de su propia familia.

Huld (*El proceso*): Por un tiempo fue abogado de Joseph K. Lo conoce pues es amigo del tío de éste. Joseph K., después de un tiempo lo despide.

Jacob (*América*): Senador de los Estados Unidos que toma bajo su protección a su recién llegado y conocido sobrino Karl. Poco después lo abandona a su suerte debido a una situación que resulta extraña y absurda.

Joseph K. (*El proceso*). Protagonista arrestado en su dormitorio, busca vehementemente a las autoridades que lo acusan de un delito que él mismo desconoce. Muere aceptando su condena misteriosa sin comprender la compleja e inextricable situación de su proceso.

K. (*El castillo*): Protagonista, también conocido como “señor agrimensor”. Es quien busca por todos los medios entrevistarse con Klamm, sin lograrlo.

Karl Rossmann (*América*): Protagonista, joven e inmigrante en los Estados Unidos. Vive un viacrucis en América, donde primero es protegido por su tío el senador, después, abandonado por éste a su suerte, marcha junto con dos supuestos amigos: Delamarche y Robinsón. Finalmente es aceptado para laborar en el Gran Teatro de Oklahoma.

Klamm (*El castillo*): Supuesto Jefe. No se sabe nada de él más lo que los habitantes rumorán. Realmente él nunca tiene un diálogo en el libro y K. jamás logra entrevistarse con él. Toda la aldea cree que sus decisiones son infalibles.

Mesonera (*El castillo*): Mujer encargada de atender el mesón donde K. llega al inicio de la obra. Afirma, con jactancia, el haber sido amante de Klamm en su juventud. Decepcionada por no recibir más los favores del alto funcionario, se compromete con el que entonces es su esposo, reprochando a éste su holgazanería. Intenta a lo largo de la historia, persuadir a K. lo impertinente de su plan de entrevistarse con Klamm.

Momus (*El castillo*): Se sabe que es el secretario particular de Klamm en la aldea. Es quien pretende entrevistar a K. en el Mesón Señorial. No lo logra; K. se marcha

al verse obligado a responder pero sin la reciprocidad de que a su vez su petición de ver a Klamm sea atendida.

Olga (*El castillo*): Hermana de Amalia, cuenta a K. la historia que les ha acarreado la desgracia: la historia de Amalia y el rechazo del alto funcionario Sortini.

Pedro el Rojo (*Informe para una academia*): Protagonista del cuento, quien es un mono que fue capturado y obligado a renunciar a su simiesca vida para adoptar las formas humanas, y a pesar de todo, no es ni mono ni hombre. Es un ejemplo magnífico del problema de identidad.

Robinsón (*América*): Compañero de viaje de Karl cuando éste pierde la protección de su tío Jacob. Subordinado a Delamarche, abusa de Karl al disponer de sus objetos así como exigirle camaradería cuando ellos mismo no lo hacen. Fue actor principal en el despido de Karl del Hotel Occidental.

Sordini (*El castillo*): Este nombre es el claro ejemplo que muestra la intención con que las autoridades hacen de la autoridad algo misteriosa y confusa. A Sordini se le confunde regularmente con Sortini.

Sortini (*El castillo*): Alto funcionario quien propuso a Amalia en términos vulgares, sostener relaciones carnales. Fue rechazado tajantemente, cosa mal vista por los pobladores.

Titorelli (*El proceso*): Pintor de los altos jueces de los tribunales que presuntamente llevan los asuntos del proceso de Joseph K. Explica detalladamente a éste las posibilidades reales de su absolución.

Bibliografía

1. Arendt, Hannah. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre reflexión política*, España, Península.
2. Arendt, Hannah, *La condición humana*, España, Paidós, 2005, 358 pp.
3. Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*. México, Taurus, 2004, primera edición, 618 pp.
4. Arendt, Hannah. *¿Qué es la política?*, España, Paidós, 2012, primera edición, 156 pp.
5. Arendt, Hannah, *Sobre la violencia*, México, Joaquín Mortiz, 1970.
6. Aristóteles, *La política*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1998, primera edición, 154 pp.
7. Banville, John "Un Kafka diferente", *Letras Libres*, núm. 183, año XVI, México, Vuelta, marzo 2014.
8. Calasso, Roberto, K., España, Anagrama, 2005, 360 pp.
9. Crick, Bernard, *En defensa de la política*, México, Tusquets-IFE, 2001, primera edición, 328 pp.
10. Durkheim, Émile, *El suicidio*, México, Colofón, 2013, segunda edición, 411 pp.
11. Elias Canetti, *La conciencia de las palabras*, México, FCE, 1981, 366 pp.
12. Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad V. 1 La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 2011, 150 pp.
13. Georg Simmel, *El secreto y las sociedades secretas*, España, Sequitur, 2010, 123 pp.
14. Heller, Hermann, *Teoría del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, 398 pp.
15. Kafka, Franz, *América*, España, Alianza, 1995, 319 pp.
16. Kafka, Franz, *Cartas a Milena*, España, Alianza, 2000, 266 pp.
17. Kafka, Franz, *Cuentos completos*, España, Valdemar, 2004, segunda edición, 712 pp.
18. Kafka, Franz, *Diarios*, España, Contemporánea, 2010, primera edición, 847 pp.
19. Kafka, Franz, *El castillo*, España, Alianza, 2000, 394 pp.
20. Kafka, Franz, *El proceso*, España, EDAF, 2001, 314 pp.
21. Kafka, Franz, *La edificación de la Muralla China y otros cuentos*, Argentina, Lozada, 2004, 150 pp.
22. Morin, Edgar, *A favor y en contra de Marx*, Argentina, Nueva Visión, 2010.
23. Pérez Gay, José M., *El imperio perdido*. México, Cal y Arena, 2010, 352 pp.
24. Vargas Llosa, Mario, *Literatura y política*, España, FCE-ITESM, Serie: Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes, 2003, segunda edición, 102 pp.
25. Villoro, Luis, *El poder y el valor: fundamentos de una ética política*. México, CFE-El Colegio Nacional, 1997.
26. Weber, Max, *¿Qué es la burocracia?*, México, Ediciones Coyoacán, 2004, 112 pp.